

TERCERA PARTE

El señor de Europa

BENEDICTO GAETANI
Papa Bonifacio VIII (1294-1303)

La gran negatiya

El 5 de julio de **1294**, nueve hombres, fatigados pero obstinados, se reunieron una vez más en cónclave, como venían haciéndolo durante los últimos dieciocho meses. Cuando el papa reinante murió en **1292**, eran doce, pero hasta un Sacro Colegio tan minúsculo tenía que sufrir sensibles bajas en tan prolongado debate. El anciano decano del Colegio había muerto; otro cardenal yacía ahora gravemente enfermo, y un tercero estaba de luto por la muerte de su hermano en aquella mañana de julio.

El cónclave tenía lugar en Perusa, pues Roma sufría por entonces una epidemia de peste. Cuando se declaró la enfermedad, la mayoría de los cardenales habían salido corriendo de Roma en busca de la frescura y la salubridad de los lugares montañosos. Pero los cardenales romanos, conscientes de que su poder estaba enraizado en la ciudad, se habían quedado, aceptando, en bien de las ventajas políticas, el calor y las emanaciones de aquel verano romano azotado por la peste. Se produjo un conato de cisma cuando los que se habían quedado en Roma afirmaron que ellos constituían el auténtico cónclave; y al surgir este problema secundario se descuidó el propósito fundamental del cónclave. Al fin, los cardenales romanos cedieron, y, en octubre de 1293, se unieron a sus colegas en Perusa, la amurallada ciudad situada sobre una pendiente.

Invirtieron todo aquel invierno en inútiles reuniones. Al llegar la primavera, el rey de Nápoles, dudoso aliado de la Iglesia, se presentó ante ellos para pedirles, con amenazas apenas disimuladas, que pusieran fin a tan escandalosa demora. Los cardenales estaban infringiendo la ley aprobada veinte años antes precisamente para evitar estos retrasos. La elección de 1271, precedida de tres años de intrigas y disturbios, había tenido lugar después de que los

ciudadanos perforaran el tejado del palacio donde estaba reunido el cónclave, irrumpieran en él y forzaran una decisión. Inmediatamente después, se decretó que los cardenales reunidos en cónclave serían emparedados, y sus raciones se les reducirían día a día hasta que llegaran a una decisión. Pero los cardenales siempre preferían la comodidad al deber, exclamó furioso el rey Carlos: Habían impedido la aplicación de esa «terrible ley», como la llamaban ellos, y, en consecuencia, seguían remoloneando y discutiendo.

Los reproches del rey fueron recibidos con un violento estallido de Benedicto Gaetani, el miembro más franco del Colegio. Le recordó al rey que la elección del nuevo papa estaba exclusivamente en manos de los cardenales: ningún hombre tenía derecho a ejercer presión sobre ellos aunque permanecieran allí por los siglos de los siglos. No importaba que toda la Cristiandad estuviera esperando; los cardenales harían su elección como y cuando lo consideraran conveniente. Carlos se marchó furioso, y el cónclave continuó, semana tras semana, durante toda la primavera y parte del verano, hasta que al fin dio la impresión de que no había razón para que acabase algún día.

En principio parece sencillo que once hombres lleguen a un acuerdo con relativa rapidez. Pero el cónclave se encontraba dividido entre dos grandes familias romanas, los Colonna y los Orsini, que habían transplantado al seno del Colegio la rivalidad que sembraba de cadáveres las calles de Roma. El último papa había sido un Orsini, y los Orsini no querían ni pensar en desprenderse de tan gran poder. Pero los Colonna no estaban dispuestos a que renaciera el dominio de los Orsini. Por eso, los miembros de las dos grandes casas se enfrentaron en el cónclave a lo largo de agotadores meses, pero sus fuerzas seguían demasiado equilibradas para que una derrotara a la otra.

Los neutrales se mantenían en un incómodo equilibrio. Algunos, como Benedicto Gaetani, acechaban su oportunidad; otros se resistían a incurrir en la hostilidad automática de una familia al apoyar a la otra. En vano, el decano del Colegio, el anciano y achacoso Latino Malabranca, había instado a sus colegas para que olvidaran los intereses familiares. Sólo un loco, dijo, querría echar sobre sus hombros la pesada carga de la tiara. «Los tiempos eran malos.» Los sarracenos se habían apoderado otra vez de Acre y Trípoli; los reyes de Francia e Inglaterra estaban enzarzados en una guerra que amenazaba la unidad de la Cristiandad. Los bárbaros españoles estaban amenazando Sicilia, un dominio de la Iglesia. Pero nadie le hizo caso. Las naciones de Europa eran muy dueñas de pensar que la Silla

de Pedro se alzaba por encima de las naciones, pero ellos la veían como lo que era: la presa suprema para una familia romana.

Los cardenales tomaron asiento en medio del sofocante calor de un día de julio. Pronto, como habían hecho tantas veces, levantaron la sesión para volver a sus palacios, secarse el sudor, comer, descansar y recuperar energías con vistas al próximo encontronazo. Ya se habían utilizado todos los argumentos habidos y por haber; ya se habían formulado todas las amenazas posibles. Ninguno de aquellos hombres contaba con el apoyo necesario para conseguir la mayoría de dos tercios, y todo parecía indicar que así seguirían, reuniéndose una y otra vez, durante todo el asfixiante verano, durante todo un nuevo otoño, durante todo el invierno, soportando las espesas nieblas de Perusa. Aquella mañana habían asistido al funeral del hermano de Napoleón Orsini; la sesión del cónclave había transcurrido con solemnidad poco acostumbrada. La sombra de la muerte se cernía sobre las cabezas de aquellos hombres sofisticados. Desde luego, había languidecido la eterna conversación sobre política. Fue entonces cuando Latino Malabranca, sin dirigirse a nadie en concreto, anunció que había recibido una carta muy perentoria de un santo ermitaño, prediciendo que la venganza divina caería sobre ellos si no elegían pronto papa.

Los cardenales no se sintieron particularmente afectados por aquello. El último año había sido pródigo en mensajes condenatorios de santos profetas. Benedicto Gaetani alzó la vista con una sonrisa, y dijo sarcásticamente: «Supongo que es una de las visiones de vuestro Pedro de Morone».

Todos sabían que Malabranca era discípulo de Pedro de Morone, el hombre santo que colgaba su capucha de un rayo de sol, el ermitaño cuyas horas de devoción venían marcadas por el tañido de una campana sobrenatural. Malabranca, irritado por el sarcasmo, admitió que la carta procedía de Pedro, y la conversación se desvió, todavía idílicamente, hacia la famosa ermita del Monte Morone.

Pedro de Morone se parecía más a los anacoretas fanáticos de los primeros siglos del cristianismo que a un cristiano moderno. A pesar de su afición a la soledad, había encontrado tiempo para fundar una orden, consagrada al Espíritu Santo, que se extendía con notable rapidez. Sus adeptos se llamaban a sí mismos los «espirituales» y, aunque habían recibido las bendiciones oficiales, los miembros más conservadores de la jerarquía miraban con mucha suspicacia su

1. Stefaneschi, II, cap. I.

devoción casi fanática por la pobreza y la sencillez. El propio Pedro había conseguido una indeseada fama, y pasaba la mayor parte de su tiempo trasladándose de una remota montaña de los Abruzzos a otra para esquivar las hordas de peregrinos. Ahora se había instalado en una celda, en la cumbre del Monte Morone, y desde allí había dirigido su carta a Malabranca.

Aquella inocua conversación se fue animando poco a poco a medida que los cardenales relataban las leyendas que corrían sobre Pedro, unos quizá con rencor disimulado, otros con auténtica convicción. Entonces, Malabranca dijo en voz alta: «En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, elijo al hermano Pedro de Morone».²

Aquello pareció una idea fantástica, una demostración casi milagrosa de la doctrina de que, en último término, era el Espíritu Santo quien guiaba la decisión del cónclave. Aquella guía se había manifestado en el pasado en formas algo intrigantes, pero la de ahora parecía una elección pura e inequívoca: un hombre virtuoso consagrado al Espíritu Santo era elegido espontáneamente. Cinco cardenales dieron inmediatamente su aprobación. Sus motivos, al contrario que los de Malabranca, pudieron ser muy diversos, aunque los Colonna aseguraron después que habían elegido a Pedro exclusivamente «por la fama de su santidad». No obstante, aquellos motivos fueron lo bastante buenos para romper el punto muerto, y los Orsini siguieron el ejemplo de los Colonna.

Lo mismo hizo Benedicto Gaetani. Había sido su burlona pregunta la que había provocado indirectamente la decisión —decisión que, desde luego, ni esperaba ni deseaba—. Ese hombre frío y arrogante había mantenido una actitud independiente durante los dieciocho meses precedentes, contribuyendo a mantener el punto muerto con sus negativas a votar por uno de los dos partidos en conflicto. Estaba emparentado, aunque de lejos, con las dos familias, y era bastante razonable esperar que el cónclave acabaría convenciéndose de la imposibilidad de elegir a un Orsini o un Colonna y volvería su vista hacia él. Pero ahora todo parecía indicar que una locura colectiva se había apoderado de sus compañeros.

Sin embargo, votó como los demás. Pedro de Morone era un hombre muy viejo, bien adentrado en los ochenta, y la propia Naturalza se encargaría de que su pontificado fuese breve. Benedicto Gaetani tenía poco más de sesenta años y gozaba de buena salud, a pesar de que padecía gota y piedra. Aún le quedaba tiempo.

En las elecciones normales, informar al nuevo papa del resultado era una cuestión rutinaria, pues si no se encontraba en la sala en el momento de la elección, estaba esperando ansiosamente no muy lejos de la puerta. Pero el hombre a quien el Espíritu Santo había elegido esta vez se encontraba en una cueva de las montañas, a unos 250 kilómetros de distancia. El protocolo exigía que los cardenales le llevaran personalmente la noticia y obtuvieran su consentimiento formal. Pero la vehemencia del primer momento se había desvanecido ya. Hacer un viaje agotador hasta la desolada cordillera en que Pedro tenía su celda iba en contra de la dignidad de los príncipes de la Iglesia. Se delegó la tarea en tres hombres de rango menor, uno de los cuales, Jaime Stefaneschi, escribió una crónica del notable episodio.

La embajada papal empleó cinco días en hacer el tedioso viaje, y cuando llegó se encontró con que otros se habían adelantado. Carlos, rey de Nápoles, no había considerado Contrario a su dignidad real acudir en persona a felicitar al papa electo. Le había impulsado la política más que la piedad, pues Pedro de Morone era subdito de su reino..., un subdito repentinamente muy importante.

El grupo papal y el real, mutuamente suspicaces, iniciaron la penosa escalada de la montaña donde estaba la celda de Pedro. Estaban aún subiendo por los rocosos senderos, sudando bajo sus inadecuadas vestiduras, cuando se unió a ellos un enviado de última hora procedente de Perusa. El cardenal Pedro Colonna se lo había pensado mejor. Sería fácil obtener cuantiosos beneficios de un papa tan ingenuo, sobre todo en los primeros y confusos momentos de su reinado, y Colonna, dando de lado cualquier consideración sobre su dignidad cardenalicia, había decidido estar presente en el reparto. Así lo recoge con desaprobación Stefaneschi, quien aparta después al oficioso cardenal de sus pensamientos para registrar la fantástica escena que se desarrolló ante sus ojos al final de la jornada.

Pedro de Morone había elegido una caverna situada a más de 300 metros de altura en una montaña desolada. El grupo tuvo que apiñarse en una estrecha plataforma que acababa por uno de sus lados en un precipicio. Las noticias del cortejo que se aproximaba habían llenado a Pedro, no ya de desmayo, sino de miedo cervical. Había intentado huir una vez más a un refugio todavía más remoto, pero sus discípulos, con una apreciación más inteligente de las posibilidades que abría aquella situación, le habían disuadido. Cuando Stefaneschi le vio, estaba escudriñando a través de los barrotes de su celda, con los párpados enrojecidos y humedecidos por las lágrimas, el rostro demacrado. Daba la impresión de que casi no com-

prendía lo que le decían; después se tiró al suelo, rezó, se levantó y, con infinita reluctancia, aceptó.

Aquella escena podía haber servido de tema para una de esas alegorías tan de moda entonces. Un rey coronado con sus hijos y su corte, un príncipe de la Iglesia y otros altos prelados, postrándose sobre el duro suelo ante un simple ermitaño, rivalizando por besar los peludos borceguíes que protegían sus pies, aclamándole Pontífice universal. Al fin se escabulleron de aquella reducida meseta y organizaron una tosca procesión. Las partes bajas de las laderas del Morone estaban cubiertas de peregrinos que habían acudido a cientos para presenciar el nuevo milagro. Seglares y eclesiásticos descendieron al valle cantando himnos triunfales, y allí acabó su efímera amistad.

El grupo papal esperaba poner rumbo al Norte, hacia Roma, en cuanto el anciano estuviera en condiciones de viajar. Pero el rey Carlos de Nápoles no tenía intención de soltar su presa tan fácilmente. El nuevo papa debía quedarse en su reino, en el mismo Nápoles a ser posible, donde podría manipularlo de acuerdo con las necesidades napolitanas. Los eclesiásticos se opusieron —y muy enérgicamente—, pero no les sirvió de nada, porque Pedro en persona se negó a ir al Norte. Fue en lo único en que se mantuvo firme. Había pasado toda su vida en el Sur, y nada podría inducirle a arrostrar los encrespados y desconocidos peligros del Norte.

Al negarse el papa a ir a los cardenales, los cardenales fueron, de mala gana y uno a uno, al papa. El último en llegar fue Benedicto Gaetani, perfectamente consciente de que estaba entrando en territorios del mismo rey a quien había increpado con tanta violencia en Perusa. Pero el rey Carlos había ganado la baza más importante, y se sentía tan feliz, que pasó por alto un altercado menor con tal de asegurarse la amistad de un hombre de la talla de Gaetani. Así que ambos se reconciliaron.

La coronación tuvo lugar en Aquila el 29 de agosto. Pedro de Morone adoptó el nombre de Celestino. Según las crónicas, doscientas mil personas se agolparon en la pequeña ciudad; campesinos y ciudadanos de muchas millas a la redonda se volcaron allí para contemplar la apoteosis del Sur. El papa Celestino V era un compatriota y, respaldado por el poderío del rey de Nápoles, indudablemente, le devolvería el poder y la gloria al Sur, tanto tiempo oprimido por el arrogante Norte. Así pensaban muchos, y sus esperanzas quedaron aparentemente justificadas en octubre, cuando Celestino anunció que iba a establecer su sede en Nápoles. Una vez más, Gaetani hizo de portavoz de Roma —un violento portavoz—,

que casi explota de ira al recibir la noticia. «Id con vuestro santo —aulló—, pues yo no iré con vosotros, ¡ni permitiré que el Espíritu Santo me engañe más sobre él!».³ La blasfemia no pasó desapercibida y fue cuidadosamente registrada.

Sin embargo, Gaetani fue, como lo hizo toda la corte. En Nápoles, la situación pasó rápidamente de comedia a farsa, y luego a tragedia. Celestino estableció su cuartel general en el Castello Nuovo, la fortaleza que, con sus cinco torres, aún domina el puerto. Su primer acto de gobierno fue ordenar la construcción de una celda de madera en una de las grandes estancias del castillo, y allí, señala Stefaneschi, se ocultó como el avestruz, que se cree invisible y seguro cuando esconde la cabeza. El pobre viejo se sentía completamente perdido, absolutamente descentrado en medio de aquella sociedad sofisticada a la que le habían arrojado tan bruscamente. Los cardenales le asustaban. Eran hombres mundanos, de experiencia, y él se había pasado la vida huyendo del contacto con las gentes. Ni siquiera sabía hablar con ellos en la lengua aceptada por la corte; ellos renunciaron condescendentemente a su pulido latín para conversar con aquel rústico papa en lengua vernácula, la única que podía comprender. Sus consejeros y confidentes eran los monjes que había conocido en los buenos tiempos. Sólo en su compañía se sentía a gusto el desgraciado papa.

Ignoró el funcionamiento de la vasta organización a cuyo frente estaba ahora, salvo para la concesión de privilegios a sus comunidades monásticas. La antigua Orden de los Benedictinos —y en particular la poderosa abadía de Monte Cassino— fue despojada en favor de los semifanáticos «espirituales», con lo que se sembraron las semillas de odios futuros. Los cazadores de empleos pululaban por la corte. Celestino no tenía ni idea del valor de los ricos regalos que ahora podía repartir. Le desconcertaba aquella ansia de beneficios, y los concedía indiscriminadamente. Hicieron su aparición las bulas en blanco, vendidas por funcionarios de la Cancillería carentes de escrúpulos a compradores que luego las rellenaban como mejor les convenía. Desaparecieron los lujosos banquetes y entretenimientos que se habían convertido en lugar común de la vida cortesana, y no por edicto, sino de forma natural. Los despliegues lujosos ofendían y, sobre todo, aturullaban a Celestino, el eterno asceta. Los cronistas lo pintan vagando de sala en sala del castillo, suspirando por el aire libre de Monte Morone, mascando un men-

3. Dupuy, 259.

drugo seco, declarando que ése era el único alimento realmente sabroso.

La elección de un hombre bueno y sencillo, arrastrado desde su cueva al trono más espléndido de Europa, asombró, primero, y divirtió, después, a los cristianos. Parecía como si fuesen testigos de la realización de una de las recientes profecías que vaticinaban un nuevo reparto, tras del cual los humildes gobernarían a los poderosos. Un papa como Celestino quizás hubiera tenido sentido en los primeros siglos de la Iglesia, antes de que el aparato de gobierno ahogara a los hombres que lo construyeron. Pero en el siglo XIII era un anacronismo, y estaba tan fuera de lugar como un mártir del siglo I en las actuales ruinas del Coliseo.

En poco más de un mes, Celestino redujo la burocracia al caos con sus regalos indiscriminados y sus retractaciones, creando una maraña inextricable que su sucesor podía cortar, pero no desenredar. Consciente de su incapacidad, buscó la forma de salir de sus dificultades formando una especie de regencia compuesta por tres cardenales. Afortunadamente, el Sacro Colegio le disuadió de tan peligroso experimento, que hubiera dado a la Iglesia cuatro jefes simultáneamente; pero la situación se aproximó con rapidez a lo insostenible cuando Celestino decidió desembarazarse de su intolerable carga.

El saber que, en cierto modo, estaba traicionando a los que amaba, a aquellos «espirituales» que habían aclamado su coronación como el advenimiento de una nueva era regida por el amor, le hacía aún más desgraciado. El portavoz de la secta era Jacopone da Todi, poeta y pecador en otro tiempo, mitad santo, mitad fanático, que ahora modelaba su vida siguiendo el ejemplo de san Francisco, pero llevando al extremo el ascetismo franciscano. Jacopone enviaba desde su lejana celda lúcidos consejos a su viejo maestro advirtiéndole contra el peligro de perderse en aquel cinismo general. «Guárdate de los cazadores de cargos, de los hombres hábiles pero de lengua pérfida. Guárdate, sobre todo, de la ira de Dios que descenderá sobre el que deje pasar esta inapreciable oportunidad de reformar el mundo.»⁴

Celestino estaba en una posición imposible. Por un lado, se encontraban los hombres a los que había dado una nueva orden y una nueva esperanza, que le exhortaban a inaugurar el reinado del amor. Por otro, los rudos y cínicos burócratas papales que le utilizaban para sus propios fines o intentaban obligarle a adoptar un estilo de

vida que le era completamente ajeno. Y también estaba el rey Carlos de Nápoles, ejerciendo un tercer tipo de presión, esperando sólidos beneficios a cambio de su protección. Celestino inundó obedientemente el Sacro Colegio con partidarios de Carlos, nombrando incluso a uno de ellos de una forma completamente fortuita: cardenal «después de la cena», como decía indignado otro cardenal. De los nuevos cardenales, siete eran franceses, pues Carlos, descendiente de la casa de Anjou, deseaba mantener vivos sus lazos con Francia. El Sacro Colegio, en el que residía el exclusivo derecho de elegir al papa, se componía sólo de franceses e italianos, primer indicio claro del cisma que vendría más tarde.

Nadie hubiera podido precisar después en qué momento exacto, o por consejo de quién, la mente de Celestino se puso a acariciar la idea de la abdicación. Posteriormente, los Colonna afirmaron que Benedicto Gaetani había iniciado el insidioso proceso de la duda introduciendo secretamente en la celda de Celestino un tubo acústico, y que, en el silencio de la noche, simulando una voz sobrenatural, le aconsejaba que abdicase so pena de enfrentarse a las llamas del infierno. Dante fue uno de los que creyeron esta historia, pues Benedicto Gaetani se abrió después camino hasta el trono, y el poeta le acusó de haberse «ganado la Bella Dama mediante el fraude».

Era natural que Celestino se volviese hacia un jurista de la talla de Gaetani para que le aconsejara sobre una acción de las dimensiones de una abdicación. Los precedentes eran oscuros y desagradables, pues uno de ellos iba acompañado de la venta del Papado ocurrida ciento cincuenta años antes. Latino Malabranca, el protector inicial de Celestino y el único hombre de quien hubiera podido esperar un consejo desinteresado y competente, había muerto. Gaetani al menos no pertenecía a ninguna de las facciones que se disputaba el dominio del Sacro Colegio, claro que la razón estaba en que se atenía estrictamente a sus objetivos personales.

Fuese quien fuese el que tomó la iniciativa de acercarse al otro, desde el mismo momento en que Celestino decidió abdicar, Gaetani se encargó de guiarle a través de los peligrosos escollos legales y políticos. La noticia se filtró y se produjo un tremendo alboroto. Los propios monjes de Celestino, conscientes de que la abdicación de su maestro no sólo pondría fin al tan esperado reinado del amor, sino que los despojaría de sus privilegios, se dedicaron a soliviantar a los napolitanos. El rey Carlos, por razones muy suyas, también presionó sobre el viejo para que cambiara de idea. Celestino, por consejo de Gaetani, simuló reconsiderar su postura, mientras la ma-

4. Jacopone, 25.

quinaria legal continuaba en marcha. El 13 de diciembre, justo quince semanas después de su coronación, Celestino convocó a los cardenales a lo que sería su último consistorio. Gaetani era seguramente el único que sabía lo que iba a ocurrir.

Pálido, tembloroso, pero decidido, el viejo leyó un documento de renuncia que él y Gaetani habían redactado de antemano. En medio del atónito silencio que siguió, bajó lentamente los escalones del trono, y con sus propias manos se rasgó las ricas vestiduras que para él no simbolizaban el poder, sino la prisión. Salió de la cámara y volvió poco después envuelto en sus harapientas prendas de costumbre.

Así acabó el gran experimento del amor. La mayoría de los cardenales aceptaron la decisión con alivio, aunque ninguno fue tan imprudente como Gaetani, que había acusado de fraude al Espíritu Santo. Fuera del Colegio, las reacciones oscilaron desde la simpatía a la crueldad. «En el día de Santa Lucía, el papa Celestino abdicó del Papado, e hizo bien.»⁵ Este es quizás el comentario más bondadoso. Dante fue el encargado de clavar, a modo de veredicto de la historia, una insignia vergonzosa sobre aquel hombre roto. No colocó a Celestino en el infierno, sino en sus melancólicos alrededores, merodeando entre aquellos que no habían sido ni amigos ni enemigos de Dios, porque les faltó el valor o la pasión suficiente para aliarse con el bien o con el mal. Dante señalaba entre ellos «la sombra de aquel que hizo por cobardía la gran negativa».⁶

El cónclave se reunió diez días después de la abdicación de Celestino y, en veinticuatro horas, eligió a Benedicto Gaetani, quien adoptó el nombre de Bonifacio VIII.

5. Spiapasto, 428.

6. Dante, *Inferno*, III, 59.

Consolidación

El nuevo papa tenía poco más de sesenta años, y su elección parecía la conclusión lógica de una carrera enérgica y competente. A sus espaldas quedaban cuarenta años de experiencias adquiridas en el corazón mismo de la política papal, y no sólo en la claustrofóbica atmósfera de Roma, sino en las ásperas y agitadas embajadas en tierras extranjeras. Cuando era un joven de treinta años, fue a Inglaterra como miembro del séquito del Legado, en un momento en que el país estaba conmocionado por las luchas que giraban alrededor de Simón de Montfort. Años después, Bonifacio recordaba el asedio a que los habían sometido los partidarios de Montfort en la Torre de Londres, y cómo el joven príncipe Eduardo los había rescatado. Ese joven se convirtió en Eduardo I, y, probablemente, aquel oportuno rescate jugó un papel nada despreciable en la admiración mutua que surgió después entre aquellos dos hombres, bastante parecidos.

Tras la derrota de Montfort, Gaetani volvió a Roma, al centro político de la Cristiandad, desapareciendo de la vista pero moviéndose con firmeza hacia arriba, pues cuando su nombre aparece de nuevo, en 1281, es en un documento que le autoriza a conservar los numerosos beneficios que había adquirido en ese intervalo de tiempo en Inglaterra, Francia e Italia. No había nada anormal en esta pluralidad de beneficios; lo anormal, quizás, era la tenacidad con que eran conservados, la asiduidad con que se le añadían otros. Ahora aparece ante nosotros, superpuesta a la figura del jurista circunspecto, la del hombre acaudalado, dominado por el hambre de

tierras o de oro con el que comprarlas: «Oro extraído de los gemidos y de las lágrimas del pobre».

La victoriosa carrera de Gaetani se debió sin duda a sus buenas relaciones: su madre era sobrina de un papa, y él estaba emparentado de lejos con otras familias que habían ocupado el trono papal. Pero, aunque la influencia familiar le ayudó, fue su energía personal la que le mantuvo en el camino del poder. La desplegó con suficiente claridad nueve años después de su visita a Inglaterra. En esta ocasión estaba en Francia, como Legado papal. Había ido a castigar a la todopoderosa Universidad de París que había tenido la osadía de interferirse en los asuntos papales.

«Vosotros, maestros de París, parecéis pensar ante vuestros pupitres que el mundo ha de regirse por vuestros razonamientos. Y yo os digo que esto no es así: el mundo nos ha sido confiado a nosotros, no a vosotros.»⁷

En uno de sus característicos estallidos de violencia, les advirtió que Roma podía destruir la Universidad, y la destruiría si persistía en su actitud recalcitrante. París vio, aparte de al jurista y al terrateniente, el tercer aspecto de su carácter: el clérigo arrogante, seguro de sí mismo y de la vasta organización en cuyo poder estaba arraigada su confianza.

Éste era el hombre que había paseado su impaciencia por el prolongado cónclave; el que después había contemplado atónito cómo un santo ermitaño provocaba el colapso del aparato de gobierno; el que, cuando se le presentó la oportunidad, se aprovechó de ella, confiando en que sus altos fines justificaban cualquier medio. Al contrario de los cardenales romanos, enzarzados aún en sus estériles disputas locales, él había tomado la precaución de congraciarse con Carlos de Nápoles, cuyos subditos pululaban ahora en el Colegio. Su apoyo, junto con el de los que permanecían neutrales, fue seguramente la causa de la velocidad con que se verificó la elección.

Una vez asegurada la corona, Bonifacio no tenía la menor intención de permanecer en Nápoles. Aparte de la atracción que Roma ejercía sobre él, estaba el peligro que para su persona representaban los napolitanos, que habían tomado muy a mal la dimisión de Celestino. Los juristas podían justificar, a duras penas, la moralidad de la abdicación, e incluso llegar a la conclusión de que era legal, pero para el pueblo era la traición de una esperanza. La banda de monjes de Celestino seguía en el centro de los disturbios, buscando

la venganza, ahora que habían fracasado en su primera tarea, incitando a los napolitanos para que atacaran al usurpador. Bonifacio salió de la peligrosa ciudad en cuanto le fue posible. Le habían elegido el día de Nochebuena, y a finales de mes ya estaba fuera de Nápoles. En realidad, fue una partida tan rápida que tuvo que dejar atrás el grueso del equipaje papal. Celestino recibió la orden de acompañar al grupo hasta Roma. El ex papa casi se desmayó. La verdadera razón de su renuncia había sido volver a la vida que conocía y amaba. Roma no significaba nada para él. Era una ciudad enorme y hostil, que estaba todavía más lejos que Nápoles de sus amadas y familiares montañas. En el camino, él y un pequeño grupo de discípulos se las arreglaron para escapar. Celestino se dirigió a su antigua celda de Monte Morone.

Bonifacio no se enteró de la fuga hasta que llegó a Roma. Fue un duro golpe. Su entrada en Roma, el 17 de enero, fue saludada con verdadero entusiasmo popular. Los romanos daban la bienvenida a «su» papa tras una ausencia de más de dos años. Pero Bonifacio se enteró de que en Nápoles también había habido una manifestación popular: muchedumbres jubilosas habían celebrado por las calles la noticia de su supuesta muerte. Ya circulaban rumores de que había presionado a Celestino para que abdicara, de que era un usurpador. Y, ahora, encima, le decían que Celestino había huido, que estaba libre para atraer a sus rebeldes seguidores, si así lo deseaba. Inmediatamente dio la orden de arrestar al anciano y traerlo a Roma, por la fuerza si era necesario. Alguien avisó a Celestino, y éste, con un valor y una agilidad verdaderamente notables en un hombre de su edad, abandonó Monte Morone en pleno invierno y empezó a moverse por montañas cada vez más remotas, manteniéndose justamente fuera del alcance de los funcionarios papales que le buscaban. Un monje que se había quedado en la celda para darle la noticia a Bonifacio y a sus temibles soldados pagó su lealtad con la vida.

Fue una ominosa inauguración la de aquel nuevo pontificado, pero Bonifacio, una vez pasada la reacción del primer momento, no se preocupó demasiado por ello. Que alguien traicionase a Celestino era sólo cuestión de tiempo, y, mientras tanto, allí estaba su coronación para celebrarla con toda la pompa que le era tan grata. Celestino había acudido a la suya montado en un asno, un símbolo casi blasfemo para algunos. Él, Bonifacio, acudiría como un emperador romano, exhibiéndose para que le adorara su tumultuosa plebe.

La ceremonia de la coronación papal se dividía en dos partes:

7. Finke, *Tagen*, III.

la consagración y coronación en San Pedro, seguida de una procesión hasta el Palacio Laterano, donde el nuevo papa tomaba posesión oficial de la sede del gobierno civil. El 23 de enero, Bonifacio fue debidamente consagrado ante el altar de San Pedro, y luego, cubierto con las espléndidas vestiduras de sumo pontífice, se trasladó en procesión a la plaza que hay ante la basílica. Allí, ante las grandes puertas, se sentó en el trono. Hacía un día bastante frío, pero consideraciones de simple confort físico no bastaban para privar a Bonifacio de la parte más espectacular del ritual: la coronación del papa bajo las miradas de la muchedumbre.

El archidiácono le quitó la mitra de obispo de la cabeza y la sustituyó por la gran tiara cónica, expresión externa de la pretensión a un poder terreno universal. Poco más de dos siglos antes, la «corona» del papa era todavía el sencillo gorro blanco que el legendario san Silvestre había aceptado de Constantino como símbolo único. Hasta los papas tusculanos se habían conformado con aquel símbolo que los hacía señores temporales de Roma y de los Estados Pontificios. Pero, imperceptiblemente, el símbolo se había desarrollado al aumentar el prestigio del Papado, y ahora era una corona tan espléndida como la de cualquier emperador, cosa que explicitaba la fórmula pronunciada en el momento de la coronación: «Toma la tiara, y sabe que eres padre de príncipes y reyes, gobernante del mundo, vicario sobre la Tierra de nuestro Salvador Jesucristo, cuyo honor y gloria persistirán por toda la eternidad».⁸ Era una fórmula que Bonifacio tenía intención de llevar al terreno de los hechos.

Bonifacio se puso en pie, descendió los escalones de la *piazza*, llegó a la calzada y montó en un soberbio caballo blanco. Una vez más, la tradición le hacía acreedor a un alto honor. Los reyes de Nápoles y Hungría, caminando humildemente por el fango, llevaban las riendas de su caballo. Según la leyenda, Constantino había actuado como palafrenero de san Silvestre, así que, ahora, los monarcas más importantes presentes en Roma consideraban un honor asumir tan humilde puesto en el cortejo procesional.

Pasando bajo los desmoronados arcos de los grandes emperadores de la Antigüedad, la procesión fluyó hasta llegar junto a una torre solitaria, ante la cual se detuvo Bonifacio. Se le acercó una diputación de los judíos de Roma, que acudía a hacer la paz con el nuevo gobernante de la ciudad y a aceptar su menosprecio espiritual. El rabino ofreció la ley de Moisés a Bonifacio. Éste la tomó,

8. Citado en Gregorovius, *Rome*, V, 9.

y se la devolvió diciendo: «Reconocemos la ley, pero rechazamos el judaísmo, pues la ley ya se ha cumplido a través de Cristo».

La procesión volvió a ponerse en marcha, flanqueada por muchedumbres entusiastas. A los romanos les encantaba todo aquello. Habían adornado las casas que bordeaban la ruta por donde había de pasar la procesión. Los brillantes pendones, resplandeciendo a la pálida luz del sol, ponían una nota de color en las calles invernales, como heraldos que anunciaran que el brillo y la gloria estaban volviendo a Roma. Aquélla fue la última recepción de un papa en el Laterano; Bonifacio sería el último en residir en el antiguo y sagrado palacio. Aproximadamente una generación después, una violencia fortuita destrozaría mil años de historia.

Pero, en enero de 1294, el Palacio Laterano seguía siendo el corazón del poder temporal del Papado. En el exterior del edificio tuvo lugar una curiosa ceremonia, imagen inversa de la que se había celebrado frente al Vaticano. Bonifacio se había sentado allí sobre la Silla de San Pedro; aquí se sentó sobre una antigua silla de mármol rojo, cuyo rajado asiento recordaba mucho un retrete. Originalmente, la silla había pertenecido a uno de los grandes baños públicos de la ciudad, pero su humilde origen se había olvidado mucho tiempo atrás, y, ahora, como tantos otros objetos del grandioso pasado, se había convertido en centro de la ceremonia papal. Probablemente haya que achacar a su antigüedad y a su bello color el que la adoptaran como trono sobre el que cada nuevo papa tomaba posesión del Palacio Laterano. Pero su curiosa forma dio lugar a la piadosa creencia de que el papa se sentaba en ella en un gesto de humildad para compensar las alturas a que le habían elevado los cardenales. Pocos años antes de la coronación de Bonifacio, imaginaciones menos piadosas, pero más vivaces, empezaron a propagar la historia de que la misión de aquel trono era permitir el examen físico del nuevo papa, a fin de evitar que surgiera otra «papisa Juana». Los rumores alcanzaron tales proporciones, que dos siglos después aún existía una pseudoceremonia completa de examen, fielmente registrada por los cronistas e historiadores más crédulos para dar una base a la historia de Juana.

Sentado en la silla, Bonifacio recibió un cinturón del que colgaban siete llaves y siete sellos. Después se levantó, introdujo las manos en una bolsa que contenía una mezcla de monedas de oro y plata, y arrojó por tres veces un puñado a la multitud mientras entonaba las palabras «Oro y plata no son míos, pero de lo que tengo, doy». A continuación entró en el palacio, donde se repitió una ceremonia similar. De nuevo se sentó sobre un asiento de már-

mol perforado, y, en esta ocasión, recibió las llaves del Palacio Laterano y las de la basílica. Se repartieron más monedas; los funcionarios de palacio acudieron presurosamente a besarle los pies, y los prelados a pedir y recibir los acostumbrados regalos del papa recién coronado.

Tras las ceremonias públicas llegó el banquete, apenas menos público, donde los poderosos nobles de la ciudad le servían los platos al papa, y un rey actuaba de copero. Los banquetes del Laterano habían sido siempre magníficos, pero aquél de la coronación de Bonifacio VIII sobrepasó seguramente a todos los que el palacio había presenciado antes. Stefaneschi estaba allí y lo registró, maravillado ante la profusión de costosos vinos y alimentos exquisitos, las valiosas copas de oro y piedras preciosas, las fuentes enjovadas y los brillantes tapices que cubrían los viejos muros. Roma, saqueada una y mil veces, aún seguía siendo capaz de extraer de sus inagotables tesoros lo necesario para dar una digna recepción a su magnate.

Pero, a pesar de los signos exteriores de estabilidad, Bonifacio no olvidaba a Celestino, el anciano errante que podía arrojarle de su sólido trono, o que podía ser utilizado para arrojarle. El rey Carlos de Nápoles se había unido a los que pretendían dar caza a Celestino, pero el viejo había sabido esquivar, tanto a las fuerzas papales como a las reales, ayudado por aquellos que le amaban y odiaban a su sucesor. Irónicamente, fue precisamente ese amor el que le traicionó.

Celestino se había dado cuenta prudentemente de que Italia era demasiado pequeña para que cupieran en ella él y Bonifacio y, al llegar a la costa del Adriático, se embarcó rumbo a Grecia. Es una muestra de su desesperación el que, en los últimos meses de su vida, abandonara, no ya las pocas millas cuadradas que amaba, sino la propia Italia. A pesar de ello, no escapó. Se desencadenó una tormenta y el barco tuvo que volver a puerto. Desembarcó entre las aclamaciones de sus seguidores, y las tropas reales le reconocieron cuando sus amigos le proclamaban auténtico papa. Carlos, que antes le había apoyado, le utilizó ahora; debió parecerle una provechosa transacción cambiar aquel santón medio salvaje por la gratitud del espléndido Bonifacio.

Celestino fue llevado ante Carlos y Bonifacio para someterlo a juicio. Sucio de tanto viaje, medio muerto de cansancio, estimulado todavía por algunos ramalazos de lucidez, la profecía de aquel anciano resultó de una exactitud que maravillaría a las generaciones

posteriores. «Has entrado como un zorro —le dijo al impasible Bonifacio—. Reinarás como un león... y morirás como un perro.»⁹

Bonifacio cumplió el trámite de consultar a los cardenales, pero la suerte de Celestino estaba ya decidida: no se podía permitir que se paseara por ahí a placer, él, un punto de atracción para los rebeldes. Su último hogar fue la aislada fortaleza de Fumone, utilizada en el pasado para guardar a los prisioneros de Estado más importantes. El encarcelamiento fue, en realidad, una involuntaria merced; Celestino se alegró al ver la minúscula celda que le habían destinado; se parecía bastante a su tipo preferido de hogar. Pero los dos hermanos que eligió para compartir su prisión se derrumbaron bajo aquellas condiciones rigurosas, y empezaron a correr los inevitables rumores sobre malos tratos deliberados. Sus discípulos hablaban continuamente de aquella humilde celda, de las duras tablas sobre las que yacía su maestro, mientras «aquel a quien había dejado el Papado reposaba como un dios en un lecho adornado con púrpura y oro».¹⁰

Desde luego, Celestino no sobrevivió mucho en prisión. Murió unos diez meses después con el previsible acompañamiento de rumores de asesinato. Sus huesos fueron piadosamente venerados, entre ellos, el cráneo con un agujero, y el clavo con el que supuestamente fue hecho. Es muy poco probable que Bonifacio empleara tan expeditivo medio para destruir a un hombre que la Naturaleza, sin necesidad de ayuda, eliminaría pronto de este mundo. Pero la fabricación y conservación de esta macabra historia demuestran el odio que el papa Bonifacio VIII inspiraba a los pocos meses de su coronación.

El Papado llevaba bastante más de dos años sin un auténtico dirigente, y Bonifacio emprendió animosamente la tarea de restaurar el orden. Según Bonifacio, Celestino le había pedido que reparara el daño producido por sus atolondrados regalos. Fuese esto cierto o no, el primer acto de gobierno de Bonifacio fue condenar todo lo que había hecho Celestino, cancelando de un plumazo todos los nombramientos que había repartido con mano pródiga. Era una tarea digna de un hombre de la mente legal y la vigorosa voluntad de Bonifacio, pero muy adecuada también para granjearle innumerables enemigos. A los enemigos que lamentaban since-

9. *Analecta*.

10. *Ibíd.*

ramente la destrucción de la posibilidad de establecer un nuevo orden, venían a sumarse ahora aquellos que se veían privados, justamente, aunque con escaso tacto, de beneficios ilegales.

En el campo más amplio de los asuntos europeos, Bonifacio se movió con paso firme y seguro, actuando con habilidad y justicia en las primeras etapas del conflicto entre Eduardo I de Inglaterra y Felipe el Hermoso de Francia. Ni él ni los contendientes podían saber entonces que aquel conflicto no era más que el primer acto de una prolongada lucha que las generaciones posteriores llamarían Guerra de los Cien Años. En 1298 parecía una simple cuestión de arbitraje sobre Flandes y las posesiones inglesas en suelo francés. Ciertamente que los reyes buscaron su arbitraje como jurista, no como papa, refiriéndose siempre a él como «Benedicto Gaetani», y no como «Bonifacio VIII». Ciertamente también que los flamencos se quejaban en su país de que era imposible obtener justicia en Roma sin pagar por ella. «La corte de Roma es insaciable; su apetito no tiene límites, uno debe llevar siempre muchos regalos.»¹¹ Pero, aunque Bonifacio realizara su función arbitral por interés, dio buenos consejos y se ganó un considerable prestigio y adquirió una fatal afición al poder en los asuntos temporales.

En las cuestiones domésticas, Bonifacio se hundió sin rodeos en los delitos papales más mezquinos: la simonía y el nepotismo. Conseguir oro para comprar tierras con las que crear una sólida posición para la familia Gaetani —he aquí el *leitmotiv* de su política, he aquí su estrecha e indigna política de campanario que minó todo lo que podía haber sido grande y duradero en su actuación—. En opinión de Bonifacio, era imposible, por definición, que un papa cometiera simonía, pues él era la Iglesia, y la Iglesia era él, y todo lo que poseía la Iglesia estaba a su disposición. Roma era una boca gigantesca que chupaba el oro de Europa, y aunque buena parte de ese oro se restituía mediante la financiación de empresas legítimas, la mayoría se quedaba en Roma. Incluso esta pérdida se podía justificar alegando que la misión universal de la Iglesia exigía una nutrición también universal. Pero cuando el poder universal y la riqueza de la Iglesia se desviaban hacia el engrandecimiento de una sola familia, las pretensiones de Bonifacio superaban incluso la cínica tolerancia de su tiempo.

El nepotismo era, comparativamente, un recién llegado a las filas de los pecados papales. Su aparición coincide con la degradación final del Imperio. El Papado era en Italia el único objetivo digno

11. Dupuy, 46.

de hombres tan ambiciosos como Bonifacio, quien, en otras circunstancias, hubiera intentado hacerse con una corona ordinaria. Pero un hombre así, tras abrirse camino a lo largo de décadas de intrigas, se encontraba al final con que había conseguido una especie de fruto del mar Muerto. La tragedia de Celestino había subrayado el hecho de que un papa espiritual era una anomalía, de que el poder a ejercer era del mismo tipo que el ejercido por cualquier otro monarca. Su rango era superior, pero el monarca papal sufría una enorme desventaja: no podía transmitir ese poder a sus hijos. El intenso sentido de la familia que ha caracterizado a la Italia de todos los tiempos hacía de esa limitación un auténtico castigo, y sometió a fuertes tentaciones al ocupante del trono. En el siglo x, y de nuevo en el xvi, el cargo casi se hizo hereditario. Los cardenales fueron los encargados de bloquear el proceso, y no por motivos elevados, sino simplemente porque cada uno de ellos tenía el derecho, y la esperanza, de convertirse en papa.

Privado de los medios naturales de transmisión del poder, considerando a sus parientes como sus únicos aliados seguros, Bonifacio inició el proceso de engrandecimiento familiar que alcanzó su conclusión lógica con los papas del Renacimiento. Aquel amor que sentía hacia su familia era, en sí mismo, una de sus virtudes más notables. Al enterarse de la muerte de su hermano y de su sobrino, estalló en amargas —e indiscretas— lamentaciones, maldiciendo a Dios, que había echado esa desgracia sobre él. Pero los Gaetani eran una raza fértil, y había otros sobrinos sobre los que derramar su amor y su orgullo a expensas de la Iglesia.

Legalmente, su posición era inatacable. Las tierras que compraba para su familia estaban dentro de los Estados de la Iglesia, y él siempre podía alegar que, al asegurarse vasallos tan leales, ligados a él por lazos de sangre y agradecimiento, estaba protegiendo los intereses de la Iglesia. Pero los observadores y sus víctimas veían únicamente que la hasta entonces modesta familia extendía rápidamente su poder por las colinas y valles de la Campania. Aun concediendo que esta generación de beneficiarios permaneciera leal a la Iglesia, ¿qué pasaría con la siguiente? Y nadie más tenaz a la hora de conservar sus tierras que un noble italiano.

Bonifacio continuó adquiriendo sistemáticamente ricas ciudades con sus territorios adyacentes, hasta que una nítida cadena de ciudades Gaetani se perfiló sobre las montañas, desde Roma hacia el Sur, hasta Casería y el lejano mar. Estas compras fueron el equivalente a dos años de ingresos de la Santa Sede, es decir, un cuarto de los ingresos totales de su reinado. Para ello fueron desposeí-

das familias establecidas desde hacía mucho tiempo, algunas con justicia —su orgullo, ahogado en oro—, otras expulsadas a empujones. Ni que decir tiene que estas últimas pasaron a engrosar las filas de los enemigos de Bonifacio.

Los Colonna era una vieja familia. Los Colonna eran poderosos. Pretendían descender de los condes de Tusculum y, a través de ellos, de la casi legendaria Marozia. Los romanos se habían levantado al fin y habían destruido Tusculum, su imprudente rival. Desde entonces, los Colonna habían gobernado sus extensos territorios desde Pal estrina, la pequeña ciudad encaramada en una montaña. Su enemigo principal había sido durante mucho tiempo los Orsini, pero ahora veían el ascenso de otra familia, los Gaetani, que, respaldados por el poder de las Llaves, cercaban sus tierras. Era inevitable el encontronazo directo entre el papa y los Colonna.

En los primeros tiempos, los dos cardenales Colonna, Jaime y su sobrino Pedro, habían mantenido relaciones amistosas, aunque no exactamente cordiales, con su colega Benedicto Gaetani, y le consideraron como posible aliado. Cuando el colega se transformó en jefe, le siguieron apoyando, aunque sólo fuera por el tibio principio de que un papa Gaetani era preferible a un papa Orsini. Pero estas relaciones empezaron a deteriorarse muy pronto. No sólo se veían obligados a contemplar la glorificación de los Gaetani a sus expensas, sino que ahora veían como sus viejos enemigos, los Orsini, reptaban nuevamente hacia el poder. Bonifacio también había comprendido que era inevitable un choque con los Colonna, y, en consecuencia, se alió con sus enemigos. El Sacro Colegio se convirtió en una nueva palestra donde los grandes nobles romanos solventarían sus diferencias.

En su búsqueda de un ángulo de tiro contra Bonifacio, los Colonna descubrieron un punto débil en su armadura y un formidable punto de apoyo para sí mismos. La legalidad de su elección podía ser aceptable para los juristas canónicos, pero para el pueblo liso y llano, que lamentaba aún la pérdida del reino del Cielo sobre la Tierra, los argumentos en favor de Bonifacio eran áridos e incomprensibles. Para ellos, lo único que estaba claro era que el papa Bonifacio, el abogado que usurpaba el lugar del santón, había apartado de un empujón al papa Celestino, el elegido del Espíritu Santo.

La mayoría de los adversarios se contentaban con murmurar, pero aquí y allá surgían extraños cultos, desviados brotes de la esperanza, profundamente arraigada, que había talado Bonifacio. El más extraño de todos apareció en Milán, donde una piadosa dama

llamada Guglielmina había dejado al morir una gran suma de dinero a un monasterio cisterciense. Los monjes dedicaron una capilla a su memoria, se produjeron oportunos milagros alrededor de su tumba, y el culto se propagó rápidamente. Guglielmina se convirtió nada menos que en la encarnación del Espíritu Santo, que volvería de nuevo para, tras arrojar de su trono al usurpador Bonifacio, colocar en su lugar a una joven muchacha milanesa, Maifreda. Se ordenó una investigación, la desventurada Maifreda fue debidamente quemada junto con sus devotos, y los guglielmitas se marchitaron. Pero otras sectas surgieron en su lugar. En el centro de la oposición estaban siempre aquellos monjes fanáticos que tomaron su nombre del mismo Celestino, cambiando su antiguo apodo de «espirituales» por el de «celestinianos». Se inclinaron rápidamente hacia cualquier forma de ataque contra el usurpador, y los Colonna se convirtieron en sus firmes aliados.

Bonifacio aprendió a odiar, sobre todos los hombres, al jefe celestiniano Jacopone da Todi, antiguo consejero del propio Celestino. Jacopone había sido un calavera empedernido en su juventud, hasta que la muerte de su joven y bella esposa le sumió en un inespereado infierno interior. Por poco pierde la razón. La experiencia alteró hasta tal punto su carácter que, cuando al fin logró salir de aquel oscuro valle, se hizo franciscano, abrazando la virtud con tanto entusiasmo como había abrazado el vicio.

Pero esa metamorfosis espiritual no le hizo perder su considerable talento para la poesía. Y ahora lo empleaba, no en la creación de alegres y vibrantes versos llenos de primavera y amor, sino en himnos de una notable grandeza, en los que el poeta que alentaba en él era capaz de transformar el envarado latín en viva y dulce música. Había renunciado a la poesía amorosa, pero su naturaleza inquieta y polifacética seguía necesitando una válvula de escape algo más frívola que los himnos; este subproducto de sus actividades poéticas adoptó la forma de cáusticas sátiras políticas.

Convencido de que Bonifacio representaba todo lo que había de mundano en la Iglesia, todo lo que era corruptor a la larga, Jacopone le eligió como blanco preferido de sus agudos dardos. Para otros «celestinianos», Bonifacio era comparable a Lucifer, «ángel del abismo, apoyado por los espíritus malignos». Jacopone, adivinando al hombre detrás del papa imponente, dirigía sus certeras flechas a los vicios más mezquinos de ese hombre: la avaricia, la simonía y, sobre todo, el infatigable nepotismo. Jacopone y los Colonna, trabajando por objetivos distintos, formaron una coalición formidable cuando estallaron abiertamente las hostilidades.

La ruptura final entre Bonifacio y los Colonna tuvo lugar en la tarde del jueves 3 de mayo de 1297, una fecha muy significativa para Bonifacio, pues la grieta diminuta, casi invisible, que apareció entonces en los cimientos de su poder monolítico estaba destinada a ensancharse hasta derrumbarlo todo. Ese día, a media tarde, una caravana de muías pesadamente cargadas de oro estaba pasando por un lugar, no muy lejos de Roma, cuando Esteban Colonna se lanzó sobre ella y se apoderó del oro. El dinero estaba destinado a la compra de nuevas tierras para los Gaetani, y el acto de Esteban no podía haber herido a Bonifacio en una fibra más sensible.

La tormenta estalló inmediatamente. A las nueve de la mañana siguiente, un Bonifacio furioso ordenó a los dos cardenales Colonna que se presentaran en el Palacio Laterano aquel mismo día. Pero ellos retrasaron su aparición hasta el lunes. No había la menor duda de que Esteban, un joven atolondrado, se había colocado, y había puesto a su familia, en una difícil posición, por lo que las presiones familiares cayeron inmediatamente sobre él. Obedientemente, prometió devolver el oro. Los cardenales se enfrentaron a Bonifacio con el conocimiento de esta reparación.

Pero pronto se enteraron de que no bastaba con una simple restitución. Ni mucho menos. Bonifacio exigía la persona de Esteban, el joven sacrilego que había cometido la osadía de poner sus manos sobre el sagrado oro de los Gaetani. Y exigía más. Los Colonna tendrían que aceptar guarniciones papales en sus principales ciudades; Bonifacio señaló arteramente que los propios Colonna se disputaban continuamente la propiedad de esas ciudades. Les daba de plazo hasta el viernes siguiente para que se lo pensarán.

Jaime y Pedro volvieron a su ciudad y convocaron un urgente consejo de familia. De hecho, había muy poco que debatir, pues no era necesario hacer un gran esfuerzo de imaginación para prever que las «guarniciones papales» significaban, en realidad, «guarniciones Gaetani» o —lo que era peor aún— «guarniciones Orsini». Estaba claro que Bonifacio quería aprovechar el incidente para deshacerse de los Colonna, con la ayuda de los Orsini si era necesario. Indudablemente, después se produciría una refriega entre los Gaetani y los Orsini por el reparto de los despojos, pero eso ya no tendría un excesivo interés para los arruinados Colonna.

El único punto real a discutir era cómo iban a responder los Colonna a aquella amenaza inminente. Jacopone da Todí y cinco poderosos prelados franceses estaban presentes en la conferencia familiar. Los aliados decidieron que su ataque sería legal. Pusieron a punto su política en los dos días siguientes, y en la mañana del

jueves 10 de mayo lanzaron un manifiesto impugnando la legitimidad de la elección de Bonifacio y apelando a un concilio general para aclarar dudas y rumores. Se hicieron varias copias, y unos mensajeros de confianza partieron hacia Roma con ellas poco después de la salida del sol.

Los romanos se levantaban temprano dada la proximidad del verano. Los heraldos de los Colonna fueron vistos mientras galopaban por las calles, frescas aún durante la mañana, cada uno hacia un lugar predeterminado. Rostros curiosos pero cuidadosamente neutrales observaron cómo las copias del manifiesto eran clavadas en las puertas de iglesias repartidas por toda la ciudad. Un audaz se atrevió a penetrar en el mismísimo San Pedro y dejó un ejemplar sobre el altar mayor. Una vez cumplida su misión, los heraldos partieron al galope y atravesaron las puertas de la ciudad sin oposición.

Aún ondeaban a la brisa de la mañana los irrespetuosos manifiestos, cuando Bonifacio se reunió en consistorio con los cardenales leales. Él, ellos y toda Roma conocían ahora el desafío directo a su autoridad. Los Colonna no tenían aliados en el Sacro Colegio, que estaba dominado por romanos, cada uno de los cuales veía la caída de los Colonna como la destrucción de un rival. Bonifacio no perdió el tiempo. Aquel mismo día, por la tarde, publicó una bula que llevaba uno de esos resonantes títulos a que era tan aficionado.

In excelso throno enumeraba minuciosamente los insultos que había recibido de los Colonna, excomulgaba y deponía a los dos cardenales y, como conclusión, exigía que se presentaran ante él en el plazo de diez días. Los Colonna contestaron al día siguiente con un detallado ataque. Ahora no se limitaban a acusar a Bonifacio de fraude; le acusaban también de parricidio, de haber sido la causa directa de la muerte de Celestino. Y una nueva bula devolvió demoledoramente el golpe. La excomunicación se ampliaba hasta incluir a todos los miembros de la rama de la familia Colonna a la que pertenecían los cardenales «hasta la cuarta generación»; sus miembros, viejos y jóvenes, eran declarados herejes, proscritos, presa legítima de aquellos que los capturaran.

Los Colonna no podían retroceder ahora e intensificaron la guerra verbal. Aconsejados por sus aliados franceses, dirigieron una llamada a toda la Cristiandad, y en particular a Francia, explotando los elementos del conflicto todavía latente y que amenazaba estallar entre Bonifacio y Felipe el Hermoso. Se dirigieron específicamente a la Universidad de París, el poderoso establecimiento de la Iglesia romana que, a pesar de Roma, modelaba la opinión europea

en materia teológica. Se repetía, adornada, la historia de la abdicación, y un resumen bastante exacto del carácter de Bonifacio y de la corte que había creado a su alrededor: de su venalidad, de su insaciable hambre de oro, de su tiranía en los consistorios. Oponerse a él en la cuestión más trivial era como darle una cuchillada, decían. Y no se contentaba con reinar sin oposición sobre los sacerdotes, sino que, además, «alardea de que prevalece sobre reyes y reinos en todos los asuntos, presentándose como un dios sobre la Tierra». Los cardenales habían sido depuestos como si fuesen los más insignificantes funcionarios: «...no convocados, no advertidos, no convictos, no confesos, no acusados, no denunciados, no procesados».¹²

Pero si los Colonna esperaban una ayuda inmediata de Francia, sufrieron una desilusión. Felipe el Hermoso no quería romper abiertamente todavía, y el campo de Bonifacio se mantenía de momento unido. El 17 de agosto de 1297 se declaró la guerra abierta contra los Colonna, y la maquinaria de la Iglesia empezó a triturar a sus hijos.

La excomunión era un arma espiritual que, por aquel entonces, se esgrimía constantemente. La amenaza de ser expulsado del Cuerpo Místico de Cristo era algo real y terrible, tanto entre la enorme y desarticulada masa de los cristianos como entre las «élites» rectoras. Pero la excomunión se había utilizado con excesiva frecuencia por razones políticas poco limpias y ya no ejercía todo su terror religioso en los niveles más altos de la sociedad. Sin embargo, aunque su potencia espiritual había disminuido, su potencia legal seguía intacta. Un hombre excomulgado era un proscrito de la sociedad, un fuera de la ley: actos que eran ilegales contra cualquier otra persona de la comunidad, resultaban no sólo legales, sino virtuosos, cuando se cometían contra él. Y así, el 14 de septiembre, Bonifacio absolvió de sus pecados a todos aquellos que habían saqueado las propiedades de los Colonna en Roma: los ladrones ya no eran ladrones, sino vengadores de Cristo. Las turbas probablemente eran indiferentes a estas exquisitas distinciones teológicas, pero no lo eran, desde luego, al conocimiento de que las propiedades que se robaran ahora pertenecerían legalmente a los que habían arramblado con ellas.

Tres meses después, Bonifacio llevó a su degradación última el arma espiritual proclamando una cruzada contra los Colonna. Desde su punto de vista, aquello era un artificio muy útil, que le per-

mitía apoderarse legalmente del dinero recogido en toda Europa para las cruzadas al viejo estilo contra los infieles de Tierra Santa. Podría pedir ayuda militar a la gran Orden de los Caballeros Templarios y persuadir a humildes cristianos de tierras remotas para que comprasen la remisión de sus pecados con una razonable contribución en metálico.

Fueron comparativamente pocos los que se unieron a esta nueva y curiosa guerra santa. Los Orsini engrosaron de buena gana las filas de los enemigos de los Colonna, y algunas ciudades italianas enviaron contingentes simbólicos a cambio de privilegios cívicos. Pero Italia, y Europa en su conjunto, vieron la cruzada como lo que era: una mezquina contienda entre nobles romanos, uno de los cuales daba la casualidad de que poseía el poder necesario para emplear las armas de la Iglesia en una guerra privada. Hasta los romanos, a pesar de lo avezados que estaban a las contiendas civiles, protestaron contra esta guerra fratricida que estaba arruinando la vitalidad del Estado. Fue una lucha desusadamente feroz, incluso para los niveles romanos, pues las tropas papales gozaban de la dispensa que liberaba a los cruzados hasta de las crueles y escasas leyes de la guerra que regían entonces. Acogidos al principio de que «Dios conoce a los suyos», el cruzado podía hundir su espada donde quisiera, dejando a la intervención divina la tarea de desviar el acero de aquellas posibles víctimas que eran auténticos creyentes.

No fueron sólo los rebeldes Colonna quienes sufrieron la represión, sino todos los que estaban relacionados con ellos aunque sólo fuera por los más remotos vínculos feudales. Los campesinos de sus tierras, las mujeres y los niños que tuvieron la desgracia de vivir en las aldeas situadas en sus posesiones, a todos se los podía matar ahora, o vender como esclavos, y, naturalmente, sus escasos bienes pasaban a ser propiedad de los «cruzados». Los antiguos olivares —cada árbol, posesión vital de alguna familia que lo había cuidado durante generaciones— fueron pasto de las llamas. Las cosechas, demasiado verdes para recogerlas, fueron destruidas. Con su furor suicida, los romanos estaban destruyendo el sustento de Roma. El senador de Roma, la cabeza civil de la ciudad, medió entre el papa y los Colonna en un desesperado intento de conseguir la paz. Pero fue inútil. Bonifacio le recibió «con paternal solicitud», pero sin intención alguna de desperdiciar aquella oportunidad de aplastar definitivamente a la familia que se interponía entre los Gaetani y la gloria; y los Colonna sabían muy bien que aquella era la batalla decisiva.

12. *Ibíd.*, 80.

La feroz guerra continuó durante el invierno y la primavera hasta que, a finales del verano de 1298, casi había logrado su objetivo: todas las ciudades Colonna, salvo una, habían caído en poder de los «cruzados». Cada ciudad, al capitular, era entregada a uno u otro de los aliados del papa, rica recompensa a su breve apoyo. La excepción fue Palestrina. La familia la había elegido como último refugio, confiando su defensa al torvo Giovanni Colonna, veterano soldado que llevaba el significativo apodo de Sciarra (Pendenciero). Segura tras las gigantescas murallas de la ciudad, bien aprovisionada y con su defensa en las competentes manos de «Sciarra», la familia era capaz de resistir indefinidamente. Los comandantes que la asediaban sabían desde hacía tiempo que la traición era el único método de derrotar a los habitantes de una ciudad amurallada y decidida a resistir.

Y la traición llegó a su debido tiempo —no desde dentro, sino desde fuera— en forma de perjurio por parte de Bonifacio. O eso aseguran, al menos, las amargas acusaciones que luego fueron lanzadas contra él. Giovanni Villani, el florentino neutral, emite un cauto juicio en favor de los Colonna. Según su versión, Bonifacio les ofreció el perdón, «prometiéndoles restituirles sus altas dignidades si entregaban la ciudad. Pero esto no se cumplió; al contrario, destruyó la ciudad de Palestrina. Y este falso y fraudulento tratado lo hizo el papa por consejo del conde de Montefeltro, entonces un fraile, que le dijo las malignas palabras "promete mucho, cumple poco"».¹³

Dante recogió la historia de una fuente popular y la elaboró. Cuenta cómo Guido de Montefeltro, el «lobo convertido en fraile» —el ex bandido que se había hecho franciscano—, había recibido la visita de Bonifacio, quien quería saber cómo arrojar a los Colonna de Palestrina. Guido el soldado sabía que sólo había una solución, pero Guido el monje arrepentido se resistía a darla. Luego, ante la imperiosa orden de Bonifacio y la promesa de absolución previa, aconsejó:

*Padre, puesto que me limpias
de ese pecado en el que ahora debo caer,
la promesa larga con el cumplimiento corto
te hará triunfar en tu sublime sede.*¹⁴

Lunga promessa con l'attender corto no era un consejo dema-

13. G. Villani, VIII, cap. LXIV.

14. Dante, *op. cit.*, XXVII, 67.

siado original, y parece improbable que Bonifacio no hubiera pensado en ello por sí solo. Pero, en cualquier caso, el procedimiento dio resultado, y los Colonna se rindieron, en la creencia de que les serían devueltas sus posesiones.

Bonifacio tenía una persistente afición a las aparatosas apariciones en público. En casi todas las crisis se presentaría revestido de pontifical y rodeado de obsequiosos funcionarios, para sentarse en el trono, situado preferentemente al aire libre, ante una gran iglesia o la puerta de una ciudad. En esta ocasión, el espectáculo tuvo lugar en Rieti. Como un general romano, emplazó su trono en la parte exterior de la puerta de la ciudad, y allí recibió a sus enemigos vencidos. Los Colonna llegaron al fin ante él: los cardenales Jaime y Pedro, «Sciarra», Esteban, todos con dogales al cuello. Se arrojaron al suelo, le besaron los pies y suplicaron su perdón. Bonifacio se mostró bastante magnánimo en esta hora triunfal. No devolvió su cargo a los cardenales, pero sí la libertad. Esteban, causa inmediata de todos los problemas, fue enviado a una peregrinación expiatoria. La cuestión en disputa se discutiría detenidamente más adelante. De momento, el peso de la venganza de Bonifacio cayó únicamente sobre Jacopone da Todi: fue encarcelado para el resto de su vida. Afortunadamente para él, la muerte le llegaría antes a Bonifacio, y obtendría la libertad.

La alusión a que los problemas se discutirían cuando los ánimos se hubieran calmado hizo renacer la esperanza de los Colonna. Pero dio también a Bonifacio un respiro para realizar un acto que redujo a pura farsa su aparente magnanimidad. Palestrina fue destruida.

Fue una medida sin precedentes en la historia de los papas. Palestrina era uno de los siete pilares de la Iglesia romana, pues había sido sede de obispado desde los más remotos tiempos. Sus monumentos se remontaban a los días de la Roma imperial y se habían conservado gracias a la protección de los Colonna, que habían establecido la sede familiar en un gran palacio supuestamente construido por Julio César. La familia había ido reuniendo en el interior de sus murallas aquellos tesoros del pasado que sus contemporáneos ignoraban o despreciaban, convirtiendo con ello la ciudad en un valiosísimo museo. Bonifacio no quería la habitual destrucción simbólica —la demolición de un sector de la muralla o de un par de torres—, sino la extinción total de una de las más antiguas ciudades de Italia. Sólo se respetó la catedral.

Resultó una labor dura. El mortero centenario desafiaba a sus destructores, pero se realizó. Y cuando todo estuvo destruido, cuan-

do los habitantes habían sido expulsados y la en otro tiempo orgullosa ciudad era un desolado montón de escombros, reapareció el terrible símbolo romano del arado y la sal. En el edicto que decretó la destrucción de Palestrina, Bonifacio se convertía explícitamente en émulo de los generales romanos: de la misma forma que Cartago había sido arada, y los surcos llenos de sal, así también, decía, el arado se hundiría en la tierra de Palestrina, que quedaría estéril para la eternidad. El simbolismo resultó terriblemente exacto, pues la ciudad no volvió a recuperarse. Imitando también el ejemplo romano, Bonifacio ordenó que se construyera una nueva ciudad en la parte baja del monte. La llamó *Civitas papaus*, pero fue una comunidad bastante pobre. En realidad, no llegó a cumplir los dieciocho meses: en la primavera de 1300 ordenó, en un súbito acceso de cólera, que se destruyera también esta pobre reliquia; los habitantes emprendieron nuevamente el camino del exilio, y esta vez para siempre.

Para el observador casual, Bonifacio había triunfado en toda la línea. Sin embargo, pagó muy caro el placer de la venganza. Al destruir Palestrina, destruía también toda esperanza de reconciliación con los Colonna, y éstos compartían plenamente el gusto italiano por la venganza. «La venganza —dice el proverbio— es un plato que se saborea mejor frío», y ellos eran muy aficionados a este tipo de platos. Desde su confortable casa de burgués florentino, Giovanni Villani registra con cierta preocupación el fin del primer acto de la distante tragedia.

Los Colonna, al enterarse de que habían sido engañados, de que su noble fortaleza de Palestrina estaba destruida, se rebelaron de nuevo contra el papa y la Iglesia antes del final de año. Y el papa los excomulgó otra vez con un terrible proceso, y por miedo a ser capturados o muertos por la persecución del papa, abandonaron la tierra de Roma. Y algunos fueron a Sicilia, y otros a Francia, viajando de lugar en lugar por donde no eran conocidos. Y así permanecieron en el exilio mientras vivió el papa.¹⁵

«Sciarra» era uno de los Colonna fugitivos. Lo capturaron unos piratas, pero Felipe el Hermoso pagó el rescate y se lo llevó a Francia. Allí emprendió «Sciarra» una dura y peligrosa tarea, cuyos frutos le reportarían una venganza que dejaría espantados a los italianos.

15. G. Villani, X, cap. L.

El pecador generoso

Bonifacio VIII, el último monarca pontificio de la época heroica, es el primer papa que se perfila claramente, el primero al que se le puede ver a plena luz, por medio de la interpretación de las artes y las letras. Aficionado a la magnificencia, atrajo a su corte a los primeros artistas que trabajaban a la luz del preamanecer renacentista, quienes, a cambio, dejaron a la posteridad una imagen clara de su protector. Enzarzado en una de las luchas decisivas de Europa, forcejeando con el emperador distante, se convirtió en el blanco de las miradas de todos los europeos; los cronistas registran sus actividades desde Inglaterra a España, desde Irlanda a Francia y Alemania. En su tierra natal, durante su reinado, renació en Florencia el arte de la auténtica historia, y su figura destaca en las páginas inaugurales de los grandes prosistas florentinos. En la interminable galería de santos y pecadores de la *Divina Comedia*, su figura arroja una sombra mayor que la de Lucifer, pues aparece en los tres libros de la obra.

Aparte de los poetas e historiadores, un ejército de juristas detalló minuciosamente sus actividades. Redactaba él mismo sus resonantes bulas, pues amaba el derecho por encima de cualquier otra actividad intelectual, y el derecho fue su medio predilecto de expresión. Irónicamente, fue también el derecho quien crucificó su recuerdo: el rey de Francia le persiguió más allá de la tumba, en un juicio postumo en el que se sacaron a relucir todos los actos indignos, atestiguados o simplemente rumoreados, de la violenta vida de aquel hombre hasta completar un retrato de depravación casi inhumana. Entre todos, poetas y juristas, historiadores y artistas, crearon una figura que se alzó como un coloso e hizo época de un reinado que apenas duró ocho años.

Hasta la llegada del Renacimiento, hay pocos papas cuyos rasgos físicos se hayan preservado tan fielmente como los de Bonifacio. La posteridad le conoce fundamentalmente a través de la escultura, pues los romanos, en esto como en todo, preferían ese arte a los demás. En realidad, la afición de Bonifacio por la escultura sirvió de base a la acusación de que «encargó imágenes de plata para colocarlas en las iglesias a fin de inducir a los hombres a la idolatría». La estupidez de esta acusación es comparable únicamente a su malicia, aunque es cierto, desde luego, que durante su reinado apareció un número sin precedentes de estatuas del papa reinante.

Muchas se erigieron por su encargo directo, pero muchas otras fueron pagadas por comunidades que esperaban obtener beneficios a través de la adulación. Su retrato más conocido, la figura sedente de Arnolfo di Cambio, se erigió en Florencia, no en Roma. Bonifacio no fue un mecenas sobresaliente. Su afición preferida era el derecho, y el arte era para él un simple subproducto, un lujo. A pesar de ello, tenía suficiente personalidad para apreciar las nuevas formas que emergían entonces, y honrar a los artistas en un tiempo en que la mayoría los consideraba una clase más de artesanos. La anécdota de Vasari que presenta a Giotto trazando un círculo perfecto a mano alzada dice mucho en favor de la capacidad de Bonifacio para interpretar el sutil gesto, así como de la de Giotto para ejecutarlo.

Giotto fue a Roma, pero la mayoría de las obras que realizó allí, como gran parte de las inspiradas en Bonifacio, no han sobrevivido. Sólo quedan fragmentos de frescos y mosaicos que hizo para San Pedro. En uno de esos fragmentos aparece Bonifacio vivo. Es un recuerdo interesante, pues Giotto lo representó en el momento de proclamar el primer Jubileo de 1300, que marcó la apoteosis de su poder y el comienzo de su ocaso.

Bonifacio VIII tenía una figura imponente: más de un metro ochenta, proporcionado, macizo, pero con manos curiosamente delicadas y sensibles. Era capaz de soportar el peso de aquella fantástica corona, de aquella enorme tiara oriental de los papas, como si formara parte de su indumentaria habitual, y no una extravagante carga que amenazaba con aplastar a su portador. Giotto no tenía necesidad de recurrir a la adulación, de exagerar la talla de su modelo, para que se alzara dominante sobre el pequeño grupo que le rodea.

La estatua de Arnolfo refleja la arrogancia del hombre, pero la pintura de Giotto ha captado algo de su introspección y su melancolía. Indudablemente, Bonifacio poseía la voluntad agresiva y violenta

ta necesaria para intentar un plan titánico: nada menos que la creación de un poder mundial con una sola cabeza —pero tras esa voluntad tenía que existir un espíritu capaz de idear ese plan—. Al final, no fracasó ni la voluntad ni el espíritu, pues a Bonifacio no le derrotó ningún hombre, sino la marea de la Historia.

Los cronistas de toda Europa hablaban de Bonifacio, pero fue en Florencia donde se emitió el juicio final, donde se trazó el retrato definitivo. Bonifacio reconocía la talla intelectual de los florentinos, entonces en trance de reunir fuerzas para ese asombroso estallido de actividad que culminó con el Renacimiento. «Vosotros, florentinos, sois el quinto elemento», dijo en voz alta cuando un grupo de embajadores florentinos, cada uno de los cuales, representaba a un Estado europeo o italiano diferentes, se alineaba ante él.

Giovanni Villani nos ha dejado la primera descripción razonada del carácter de nuestro hombre.

Era muy docto en cultura, y de ingenio natural, y un hombre muy cauto y experimentado y de grandes conocimientos y memoria. Era muy altivo, y orgulloso, y cruel para con sus enemigos, y era muy corajudo y muy temido por todo el mundo..., un hombre de grandes planes y señorío que buscaba grandes honores.¹⁶

Diño Campagni, el joven noble que registró los tumultuosos acontecimientos provocados en Florencia por Bonifacio, coincide con Villani. «Era de gran audacia y agudo entendimiento, y guió a la Iglesia como quiso, y destruyó a aquellos que no consintieron. Reinó muy cruelmente, y fomentó la guerra, arruinando a muchas personas.»¹⁷

Villani y Compagni eran vecinos de una ciudad de mercaderes y estaban acostumbrados a sopesar a los hombres en las precisas balanzas del comercio, donde los errores cuestan dinero. En particular Villani, era muy florentino en este aspecto: cauto, sobrio, enemigo de las extravagancias. En las descripciones de estos dos hombres están ya las palabras clave que se repetirán una y otra vez en los escritos de autores menores: altivo, orgulloso, violento, valeroso, dominador. A Bonifacio se le achacaron con justicia muchos crímenes, pero nadie podría negarle sus altas cualidades.

Al juicio de los prosistas vino a sumarse el terrible del poeta Dante Alighieri. Dante odiaba a Bonifacio por doble motivo, per-

16. *Ibid.*, VIII, cap. LXIV.

17. Compagni, I, cap. XXI.

sonal e ideológico, pues Bonifacio había usurpado el sagrado papel del emperador y había provocado en Florencia las condiciones que llevaron a Dante a su perpetuo exilio.

La inquietud de los florentinos era proverbial en toda Italia, y, además, los italianos estaban acostumbrados a las inacabables revoluciones de sus ciudades-Estado. Pero la agitación florentina tenía una meta. La ciudad se movía, aunque erráticamente, hacia el concepto de una auténtica libertad política. El año anterior a la subida al trono de Bonifacio, los florentinos habían aprobado una notable ley que aseguraba la igualdad de derechos a todos los ciudadanos. Con ello, los habitantes de la ciudad demostraban que, no sólo eran capaces de propugnar teorías políticas avanzadas, sino también de llevarlas a la práctica. La nueva ley fue ignorada tantas veces como cumplida, pero representaba una salida, una esperanza para las masas del pueblo. Era un experimento insólito, y peligroso, sobre todo si al pueblo de Roma se le ocurría imitarlo. Bonifacio aplastó el infantil republicanismo de Roma, pero era perfectamente consciente del peligro de que el contagio volviera a propagarse desde el vecino Estado de Florencia. ¿Quién era capaz de decir dónde terminaría un experimento semejante?

Además ambicionaba la Toscana. Añadir aquella joya de Italia a los Estados Pontificios, extender el poder temporal de la Tiara por toda la Italia central, he aquí una hazaña que glorificaría su nombre para siempre. Empezó a actuar con cautela, conspirando con los nobles florentinos descontentos que veían en el auge del pueblo el fin de sus privilegios. Pero la intriga fue descubierta, sus agentes castigados, y él reaccionó con la acostumbrada violencia, amenazando con la excomunión y el interdicto.

«¿No es el sumo pontífice señor de todo? ¿No nos rinden sumisión los emperadores y los reyes de los romanos, y no son superiores a Florencia?» Exigía humilde y absoluta obediencia; en caso contrario, «infligiría el mayor daño a sus ciudadanos y mercaderes, haría que sus propiedades fuesen robadas y confiscadas en todas las partes del mundo, liberaría a todos sus deudores del deber de pagar la deuda».¹⁸

Este era precisamente el método que había empleado con los Colonna. Pero Florencia no era una baronía romana dependiente en último término de la buena voluntad del papa, sino una decidida República que había luchado con enemigos más poderosos que Bonifacio. En la ciudad estallaron disturbios y motines entre los

18. Citado en Villari, *Florentine History*, 505.

aliados de Bonifacio y los republicanos. Lanzó a un ejército papal contra la ciudad, dirigido por un general que llevaba el irónico título de Pacificador. La ciudad le envió varias embajadas. En una de ellas figuraba el magistrado Dante Alighieri. Todo fue inútil. En la convulsión final, el partido de los nobles triunfó sobre el popular, cuyos líderes, incluido Dante, fueron condenados al exilio.

Pero hay que decir en favor de Bonifacio que se limitó a explorar la inclinación de los florentinos a pelearse entre ellos. La crónica de Compagni nos presenta el poco edificante espectáculo de los correveidiles florentinos acudiendo con sus historias a Bonifacio, cada cual con la esperanza de que su versión prevaleciera y desacreditara la del contrario. Aparte del peligro que suponía la existencia de una República en las mismas fronteras de los Estados Pontificios, Bonifacio creía, o le hicieron creer, que el partido popular estaba aliado con los Colonna. Y ese odiado nombre bastaba para impulsarle a destruir la propia Roma si fuese necesario.

Pero, fuese Bonifacio la causa directa o indirecta del tumulto que retrasó el nacimiento de la democracia en Florencia, lo cierto es que se ganó el odio mortal de Dante. Dante racionalizó posteriormente ese odio al desarrollar la tesis de que la humanidad sólo conocería la felicidad bajo un emperador nombrado por Dios; que el poder temporal de los papas era una ofensa al Cielo, ofensa que condenaba a toda la humanidad al caos. En la *Divina Comedia* arrastra a Bonifacio a través del infierno, del purgatorio e incluso del paraíso, para que comparezca ante san Pedro, y el apóstol le condena con una aterradora invectiva:

*El que usurpa mi lugar sobre la Tierra,
mi lugar, mi lugar, mi lugar,
ha hecho de mi cementerio una cloaca
de sangre y hedor, por donde el Maligno,
que cayó desde aquí, es apaciguado allí abajo.*¹⁹

Bonifacio tuvo la mala fortuna de que, mientras su defensa corre a cargo de hombres mediocres —oscuros funcionarios que balbucean estereotipados elogios postumos—, su condena está en manos de Dante y Villani. Pero los demolidores alegatos de estos maestros de la lengua italiana, aunque destilen fielmente la esencia del papa, se dejan en el tintero algo del hombre; la posteridad consigue

19. Dante, *Paradiso*, XXVII, 22.

retratos más íntimos gracias a la pluma de figuras secundarias, y también enemigas.

Bonifacio tenía el don de la palabra punzante y mordaz. Era capaz de hilvanar sobre la marcha epigramas sangrantes que soltaba sin pararse a considerar su falta de propiedad, indiferente a la posibilidad de que hombrecillos atareados pudieran registrarlos. ¿Inmoralidad sexual? ¿Qué es eso? No es peor irse a la cama con mujeres o muchachos que frotarse una mano contra la otra. ¿Inmortalidad? El hombre tiene tanta esperanza de sobrevivir después de la muerte como ese pollo asado que hay sobre la mesa del banquete. Este último comentario lo hizo un día de fiesta ante atónitos testigos que, naturalmente, lo registraron. Es difícil precisar cuáles eran exactamente sus convicciones, pero su *obiter dicta* parece hecho de una pieza: los comentarios inteligentes de un hombre culto que se mostraba indiferente, y hasta escéptico, respecto a los misterios internos de la religión que profesaba. El dios que el mundo le veía adorar era el dios del poder.

Los cardenales, en íntimo y diario contacto con él, aprendieron a odiarle con un rencor personal que superaba al de Dante. Hombres desordenadamente orgullosos, el orgullo y la arrogancia de Bonifacio destacaba sobre el suyo, los aplastaba, los reducía a la condición de funcionarios de corte, los ignoraba desdeñosamente a menos que algún documento requiriera su firma. La mayoría de los problemas que tuvo con los Colonna habían surgido de su negativa —y su incapacidad— a reconocer cualquier voluntad, cualquier objetivo que no fueran los suyos.

«Todos los cardenales desean su muerte y están hartos de sus maldades», informaba a su señor Geraldo de Albalato, emisario residente del rey de Aragón. Geraldo era un hombrecillo adulator, que recogía afanosamente los rumores de los «grandes perros de la Curia» y se los transmitía a su señor, quien, como muchos otros, esperaba pacientemente que Bonifacio diese un paso en falso. Pero la misma falta de agudeza de Geraldo hacía de él un receptáculo seguro de la melancolía que transpiraban los cardenales. «El cardenal Landulfo dice que es mejor morir a vivir con semejante hombre. Es todo lengua y ojos, pero como el resto de su persona está podrida, no durará mucho más. Tenemos al mismo diablo para encargarse de él.»²⁰

«Todo lengua y ojos», una expresión feliz que resume el odio imponente de un subordinado retorciéndose bajo el látigo de un maes-

tro de la invectiva, doblado ante la mirada fríamente desdeñosa de un superior muy confiado en sí mismo. Pero el brutal comentario de Landulfo de que Bonifacio estaba podrido explica en cierto modo los estallidos de la incontrolable ira papal. Era un hombre enfermo. Los inagotables problemas de su alto cargo habían exacerbado sus viejas dolencias: la gota y la piedra.

Era poco probable que un hombre de su temperamento fuese un paciente fácil. Los médicos se sucedían rápidamente. Todos llegaban con suaves promesas, y todos eran despedidos con las orejas coloradas y el corazón en un puño. Entonces era muy fácil probar la herejía de un matasanos, sobre todo si el paciente que era sometido a sus tratamientos de triacal, diamantes machacados y mandragora seca era el sumo pontífice.

Pero, ironías de la vida, fue precisamente un hereje convicto quien conservó la salud de Bonifacio, y probablemente la vida. El hombre en cuestión era Amoldo de Vilanova, un médico español, teólogo y profeta, que ya había conocido el interior de una cárcel de París por culpa de un libro herético sobre el Anticristo. Había venido a Roma para apelar contra la condena, pero Bonifacio se abstuvo de hacer comentario alguno sobre aquella curiosa doctrina según la cual el Anticristo aparecería en un futuro no muy lejano.

Amoldo demostró ser mejor físico que profeta, y Bonifacio estaba dispuesto a pasar por alto una herejía espiritual si era capaz de encontrar un remedio físico a sus males. Los cardenales al menos consideraron a Amoldo el único responsable de la prolongación de la vida de Bonifacio, y estaban muy poco dispuestos a agradecerse. «Corre el rumor, y es verdad, de que el papa ya estaría muerto y enterrado si el maestro no hubiera venido, y murmuran contra él tales maldiciones que no creo digno escribirlas»,²¹ le decía puntualmente Geraldo a su señor. Como todos los demás, él también atribuyó la cura de Bonifacio a la magia, y, desde luego, una parte de la prescripción de Amoldo consistía en utilizar un taparrabo especial en el que iban bordados unos signos cabalísticos. El rumor se cebó después en esto y empezaron a exagerarse las cosas. Se decía que Bonifacio llevaba un sello o anillo en el que moraba un espíritu maligno al que sacrificaba cabello y uñas.

Pero, fuese un espíritu maligno, o una vulgar gota, lo que le atormentaba, el caso es que resultaba inaguantable en privado. Humillando a sus íntimos y subordinados, encolerizando a sus dis-

20. Finke, *Acta*, I, 104.

21. *Ibid.*, 100-106.

tantes iguales con sus encumbradas pretensiones, Bonifacio VIII fue el principal arquitecto de su propia destrucción.

Sin embargo, nadie se hubiera atrevido a profetizar su caída en el año 1299. Estaba en el pináculo de su poder absoluto; sus enemigos, los Colonna, vencidos; sus amigos de Florencia, dueños de la ciudad; los romanos completamente domeñados. No es de extrañar que al año siguiente proclamara el primer gran Jubileo de la Iglesia romana, ni que los cristianos acudieran por decenas de miles a Roma como quien va a su hogar natural.

Al proclamar el Jubileo, Bonifacio actuaba por una vez como portavoz de la desarticulada masa de cristianos, aunque además aprovechara la ocasión para pregonar su gloria ante el mundo.

Un número creciente de pequeños grupos de peregrinos había ido llegando a Roma durante las últimas semanas del siglo que moría. Estaban representando sin saberlo la versión cristiana de una antigua ceremonia, pues los paganos también tenían la costumbre de acudir en bandadas a la ciudad madre de Europa para celebrar con la debida solemnidad el cambio de siglo. Bonifacio encontró el precedente lo bastante bueno para transformar en cristiana una ceremonia pagana secular; y el 22 de febrero de 1300 publicó la bula que proclamaba el Jubileo.

Aquella bendición oficial suscitó un desbordante entusiasmo en todo el continente. Roma apareció por última vez como el centro de Europa, con su antiguo esplendor de sede de toda autoridad respaldado por la significación cristiana de la ocasión. Jerusalén se había perdido a manos del infiel, los cruzados morían en medio de la amargura y la desilusión; Roma se convertía, por tanto, en la meta principal de todos los peregrinos. La población de la ciudad aumentó en unas treinta mil personas. Los romanos estimaron que unos dos millones de personas habían entrado por sus puertas a lo largo del año y, aunque sin duda exageraban, los observadores de las ciudades situadas en la ruta de la peregrinación tenían la impresión de que toda Europa estaba en movimiento.

El país estaba en paz. Las cosechas fueron buenas aquel año. El pan y el vino, la carne y el pescado eran tan abundantes y baratos, que fue posible mantener bajo control la habitual rapacidad de los tenderos romanos. Los padres de la ciudad instauraron el orden, un hecho que impresionó profundamente a los que habían tenido experiencias personales de esta Madre de Europa. Comités integrados por compatriotas esperaban en las puertas de la ciudad

a los peregrinos de las distintas naciones y los guiaban a través de las complejidades de la que todavía era la urbe más grande de Europa. En las primeras semanas de caos, hubo personas que murieron pisoteadas por las multitudes incontroladas, sobre todo en el trecho de camino que corría sobre el puente de Sant'Angelo y se aproximaba a San Pedro. Los magistrados instituyeron una especie de dirección única en el puente. El inacabable y heterogéneo gentío que pasaba dócilmente junto al macizo castillo hirió la imaginación de al menos un peregrino. Años después, el pensamiento de Dante se volvería hacia aquella Roma de la Pascua de 1300, y el recuerdo de aquella procesión se transformaría en la visión de las almas de los condenados cruzando lúgubre pero obedientemente el puente que conducía al infierno.

Villani también fue a Roma aquel año y, conmovido por la pasada gloria de la ciudad, decidió escribir su historia. Todo el mundo estaba allí, pensó. De nuevo se podían oír en sus calles todas las lenguas europeas; de nuevo podían verse todos los vestidos nacionales, desde las rudas pieles de los tártaros a las sedas y brocados de los venecianos. En cuanto se cruzaban las puertas, todos quedaban atrapados en la lenta e inexorable corriente que llevaba a la muchedumbre, a través de las estrechas calles, hasta el puente, y desde allí a la gran escalinata que conducía a la basílica y, en su interior, a la tumba de Pedro. Una vez en el santo lugar, aplastados en una sólida masa humana, todos rezaban lo mejor que podían y, antes de salir, dejaban sus ofrendas en el altar.

«Dos clérigos permanecían ante el altar de san Pedro día y noche, con unos rastrillos en las manos con los que recogían una infinita cantidad de dinero.»²² El espectáculo de los servidores del Pescador atrapando en sus mallas, no hombres, sino oro, suministró una excelente munición a los enemigos de Bonifacio. Alegaron que todo aquel asunto del Jubileo era un simple artificio para hacer dinero, un método más para recoger oro para los Gaetani. Pero el dinero que se recogía era el cobre de los pobres, no el oro de los ricos, y probablemente apenas cubrió gastos.

Porque no todo el mundo estaba allí. La bula había excluido explícitamente a los enemigos de la Iglesia, entre los que se encontraban los Colonna y todos los que les ayudaban y protegían. Pero también estuvieron ausentes los grandes de Europa. Ningún monarca acudió a rezar ante la tumba de Pedro, ni a arrodillarse a los pies de su espléndido sucesor, porque eso hubiera sido confesar

22. Ventura, cap. XXVI.

su superioridad, no sólo espiritual, sino temporal. En la persona de Bonifacio se combinaban de nuevo —al menos eso quería demostrar él— los atributos gemelos de sacerdote y rey. Él, Gaetani, era el papa-césar.

La prolongada batalla entre el papa y el emperador había terminado con la degradación total del Imperio. Alemania había consumido en ella sus enormes energías, y ahora presenciaba la tediosa querrela de dos pretendientes rivales. Al fin, uno de ellos consiguió vencer al otro y asumió el título de Sacro Emperador Romano, pero consideró prudente obtener la ratificación del papa Bonifacio. Los enviados imperiales fueron recibidos con desdén. «¿Emperador? Yo, yo soy el emperador», replicó el papa. O al menos eso aseguraban sus enemigos, que dan toda clase de detalles sobre la comedia que siguió: Bonifacio se auto-convistió con la púrpura imperial, los borceguíes rojos del oficio imperial, los zapatos y las espuelas áureas, la gran espada en la mano y la cruz sobre el pecho. Una vez más, es probable que sus enemigos exageren. Pero los miles de peregrinos que pululaban por la ciudad se lo creyeron a pies juntillas, al no ver nada inherentemente improbable en que aquel papa, tan consciente de su esplendor, asumiera ese papel. Y al volver a sus hogares llevaron consigo la noticia de que el Señor de Europa se encontraba de nuevo en Roma.

Desafío y respuesta

Pero, mientras las interminables procesiones de peregrinos que se dirigían a Roma parecían presagiar una Edad de Oro para el Papado, el desafío definitivo a su predominio se fraguaba en Francia. El choque se produjo por una cuestión de dinero, no por alguna abstracta discusión sobre la fe, ni por ninguna dignidad herida. Pero sirvió igualmente para derribar a Bonifacio.

El rey de Francia era Felipe IV —*le Bel*, como le llamaban sus aduladores, pues poseía una gran belleza física, aunque, al parecer, ahí se quedaban sus virtudes—. Villani describe bastante exactamente el carácter de Felipe con esa mirada fría y florentina tan típica en él. Concedía que el rey era un cumplido caballero, «pero buscaba desordenadamente los placeres. Amaba la caza por encima de todo, y permitía que otros utilizaran su poder para gobernar su reino. Generalmente estuvo influido por los malos consejos, a los que prestaba crédito con excesiva prontitud, y de ahí los muchos peligros que vinieron a su reinado».²³ Ya en su lecho de muerte, al repasar su tormentosa y desastrosa vida, Felipe refrendó el veredicto del florentino: «El mal consejo ha sido mi ruina».²⁴

El dinero fue el origen de sus problemas con Bonifacio. Felipe necesitaba dinero para mantener su supremacía en un país destrozado aún por las luchas feudales. Necesitaba dinero para financiar guerras contra nobles casi tan poderosos como él, dinero para continuar la inacabable guerra contra Inglaterra. Probó varios procedimientos, desde rebajar la ley de la moneda hasta aumentar los tributos. Pero los nobles estaban exentos. Y fue el pueblo de Fran-

23. G. Villani, IX, cap. LXV.

24. Geoffrey de París, citado en Bouquet.

cia el condenado a pagar, a entregar un décimo, un cuarto, un medio de sus mezquinos ingresos, o a producir más para financiar una corte extravagante y una guerra que estaba desangrando al país. Los juristas que rodeaban al rey idearon medios aún más ingeniosos para extraer riqueza. A fin de que se aplicaran sus decretos, se creó un cuerpo de feroces recaudadores de impuestos que provocaron más odios que los soldados del rey enemigo.

Era inevitable que Felipe volviera su mirada hacia el inmenso depósito de riqueza que era la Iglesia de Francia. Bonifacio le había dado un provechoso precedente al desviar los fondos destinados a las cruzadas hacia la financiación de una guerra privada. Felipe, además, podía alegar con justicia que el dinero obtenido por los sacerdotes franceses debía emplearse en la defensa de Francia. Empezó a ordeñar las enormes riquezas de la Orden Cisterciense. Como todos los monjes, los abades cistercienses sólo tenían un superior: el papa en persona. Por tanto, pasaron por encima de los obispos de Francia y protestaron directamente ante Bonifacio.

Bonifacio respondió con su método favorito: una atronadora bula en la que desplegaba sus vastos conocimientos legales para conseguir impresionantes efectos. La bula empezaba por admitir lo que todo el mundo sabía hacía años: que los seculares alentaban una profunda y creciente hostilidad hacia los clérigos. Por tanto, tenía el deber de proteger a sus hijos, y prohibía, bajo amenaza de excomunión, cualquier intento, del tipo que fuera, de extraer cualquier forma de dinero de cualquier clérigo sin el permiso directo de la Santa Sede.

Felipe devolvió inmediatamente el golpe. El día anterior al de entrada en vigor de la bula, sus abogados promulgaron un decreto prohibiendo la exportación de dinero en cualquier forma o con cualquier propósito, y la residencia de extranjeros en el país. Aquello era un golpe doble para Bonifacio: le privaba automáticamente de los ricos ingresos de la Iglesia francesa y los funcionarios de su curia en Francia se convertían en residentes técnicamente ilegales.

Pero, debajo de aquella disputa por dinero, latía un problema más importante. Europa estaba despertando, para bien o para mal, de un sueño de siglos, pero la forma que estaba adoptando era completamente distinta de la que había conocido antes. El último de los grandes emperadores llevaba más de un siglo en la tumba, y los vastos territorios que un día formaron un imperio se rompían en naciones-Estado permanentes. Algunas, como Inglaterra, ya habían encontrado su centro, y con él su identidad. Otras, como Francia, estaban buscando todavía el suyo. La guerra con Inglaterra era una

manifestación de que la nueva nación francesa quería definirse y defender lo suyo. La lucha con Bonifacio fue otra expresión, ésta más profunda, de ese nacionalismo. La batalla se desarrolló fundamentalmente en un árido terreno legal enfrentando a Bonifacio, el gran jurista, con los abogados, de menor talla pero a pesar de eso formidables, agrupados alrededor de Felipe. A la gente del pueblo, esa guerra debió parecerle incomprensible, con aquellas armas compuestas de términos latinos polisilábicos, pero cuyas consecuencias sufriría. Sin embargo, sus resultados les afectarían profundamente. La cuestión debatida era bien simple: ¿Hay o no hay un único señor de Europa?

Tras la promulgación de la bula, tanto Bonifacio como Felipe vacilaron a la hora de emprender acciones irremediables. El papa redujo el impacto de su bula en cartas posteriores, y el rey no insistió en la cuestión de la exportación de dinero. Pero los dos hombres tenían un carácter demasiado parecido para llegar a un arreglo permanente basado en el compromiso. Durante los tres años siguientes, Felipe intervino una y otra vez en asuntos franceses que afectaban a la jurisdicción de Roma: el arresto de un obispo acusado de traición, la confiscación de fondos franceses que habían pasado por los cofres de la Iglesia. «Y por esto surgió entonces una gran controversia entre el señor rey y el señor papa, que aumentó cada día cuando cada lado envió atronadoras cartas al otro.» Los enviados papales y reales, forcejeando con los pasos alpinos durante aquel invierno de 1301, debieron lamentar más de una vez que sus señores hubieran escogido aquella forma de guerra.

En el mes de diciembre de 1301, Bonifacio activó la dormida bula que prohibía imponer tributos a los eclesiásticos, y acto seguido convocó a los obispos franceses para que comparecieran ante él en Roma «para tomar consejo tocante a los excesos, crímenes y actos de violencia cometidos por el rey de Francia y sus oficiales» sobre el cuerpo de la Santa Iglesia. Los obispos, acorralados entre el rey y el papa, pero con su lealtad inclinándose ya hacia el lado nacionalista, intercedieron ante su furioso superior para que, si era posible, rebajara sus demandas.

Pero no era posible. Aquel mismo mes, Bonifacio despachó otra bula con el displicente comienzo «Escucha, hijo mío», en la que repetía punto por punto sus pretensiones. Estaba redactada en un lenguaje moderado, pero el espíritu era el mismo: el poder del Papado es superior a cualquier otro, y desafiarlo es invitar al interdicto, o sea, a la muerte económica, social y espiritual. Felipe replicó con una sarta de insultos bastante infantil. «A Bonifacio, que

se llama a sí mismo papa, poco o ningún saludo. Que vuestra inmensa fatuidad sepa que, en cuestiones temporales, no estamos sometidos a ningún hombre.»ⁿ

Bonifacio, que no era hombre que aceptara impasible las afrentas, le contestó: «Nuestros predecesores han depuesto a tres reyes de Francia. Sabed que ahora os depondremos como a un mozo de establo si resultara necesario».²⁶ Volvió a convocar a los obispos, y esta vez bajo amenaza de excomunión. Felipe, a su vez, convocó un concilio para desplegar ante las miradas de toda Francia, de toda Europa, los crímenes de Bonifacio: simonía, sodomía, parricidio, nepotismo, herejía; un vil catálogo que ni siquiera la violencia de la pugna podía justificar. Se dice que Bonifacio recibió la acusación de herejía con una sonrisa. «Éramos buenos católicos mientras favorecíamos la causa del rey Felipe.»²⁷

La disputa se agudizó rápidamente. Felipe amplió su llamada, se volvió de los abogados al pueblo, convirtiendo su lucha personal en una causa nacional. En abril de 1302 se reunieron los Estados Generales, primera asamblea efectiva de los Tres Estados, es decir, de la nación francesa en pleno. Los clérigos, arrastrados por la corriente, se alinearon con el rey y descargaron sus ataques contra Bonifacio desde los pulpitos de las iglesias. No todos consideraron prudente separarse de Roma. Cuarenta y cinco obispos y abades asistieron en noviembre al tantas veces pospuesto concilio. En él sonó el último toque de clarín en favor de la monarquía papal, tal como la concebía Bonifacio: la gran bula *Unam Sanctam*.

Aquél fue el supremo esfuerzo de Bonifacio como jurista. No decía nada nuevo, ya que desde que el Papado se había convertido en un poder independiente del emperador y de Roma, grandes y pequeños papas habían actuado sobre la base de que detentaban tanto las llaves como la espada. Pero *Unam Sanctam* explicitaba lo que hasta entonces había sido algo implícito: «Es necesario para la salvación que todas las criaturas humanas sean subditos del Romano Pontífice».²⁸ En las manos del papa estaba el poder temporal sobre toda la Tierra; él podía delegarlo, y lo delegaba, en monarcas y príncipes, pero también podía retirarlo, y lo retiraría, cuando lo considerase conveniente.

25. Dupuy, XLIV.

26. *Ibid.*, LXV.

27. *Ibid.*, LXX.

28. *Ibid.*, LIV.

En el mes de febrero del año siguiente, 1303, mientras proseguía públicamente la batalla entre el rey y el papa, un grupo de franceses se reunió con mucho secreto para preparar, a petición del rey, ciertos planes. El jefe del grupo era un jurista autodidacta, Guillermo Nogaret, que había alcanzado tan alta posición gracias sobre todo a su infatigable dedicación a la salud financiera del rey. Alardeaba del honor de haberse batido personalmente con el formidable Bonifacio. Según su historia, había participado en la peregrinación del Jubileo, había obtenido una audiencia privada con el papa y le había exhortado a que enmendara su conducta. Si la historia era cierta, aquella entrevista debió ser un espectáculo digno de verse.

Nogaret era el responsable del indigno ataque que el rey había desencadenado contra Bonifacio en el consejo real del año anterior, pues tenía una habilidad especial para formular desvergüenzas, para descubrir el lado peor de la ley. En aquel discurso había aludido a la posibilidad de recurrir a la violencia, y eso era precisamente lo que ahora se discutía en secreto. Los conspiradores habían invitado a la reunión a un experto italiano: «Sciarrá» Colonna, superviviente de la guerra santa de 1298.

En el verano de 1303, Bonifacio huyó del calor romano y se fue a vivir a la pequeña ciudad de Agnani, a unos sesenta kilómetros de Roma. Agnani no podía presumir de la antigüedad de Tusculum o Palestrina, no tenía ningún lazo con los grandes nombres paganos del pasado, pero poseía, en cambio, una conexión mucho más valiosa con el presente. Era el lugar de nacimiento de Benedicto Gaetani, quien, una vez papa, había derramado sus favores sobre ella.

En Roma no había nada que atrajera particularmente a Bonifacio. Y lo mismo les ocurría a la gran mayoría de las figuras destacadas de Roma; pocas eran las que vivían allí por el gusto de hacerlo. El gobierno civil más competente hubiera encontrado muy difícil detener, y mucho más invertir, el proceso de decadencia de la ciudad, y los gobiernos civiles competentes eran cada vez más raros en Roma. Muros que se derrumbaban, calles bloqueadas, sistemas de alcantarillado que no funcionaban, escasez de agua, todo hacía de la gran ciudad un suplicio a soportar, por no hablar ya del riesgo del ataque inesperado que había entrado a formar parte de la vida cotidiana. Por eso, Bonifacio había adquirido la costumbre de viajar a menudo a las pequeñas ciudades montañosas.

Anagni era su favorita, y en ella se había construido un gran pa-

lacio papal cuya masa competía con la de la catedral. La ciudad era el corazón de los crecientes Estados de los Gaetani, y como tal, sus ciudadanos se habían enriquecido. Éste era el único lugar de Europa en el que Bonifacio se sentía en casa y seguro entre unas gentes cuyo bienestar coexistía con el suyo. Desde allí había enviado sus famosas bulas para que, tras saltar por encima de los Alpes, explotaran en Francia. Fue allí donde se enteró de que el Parlamento francés se había reunido, por segunda vez, el 13 de junio de aquel mismo verano, le había declarado hereje y había convocado un concilio de la Iglesia para deponerle. Y fue en Anagni donde redactó la última bula, excomulgando a Felipe de Francia, declarándole expulsado de la sociedad cristiana, liberando a todos sus subditos de la obligación de obedecerle. Incluso fechó el documento —8 de septiembre de 1303—, pero la bula permaneció entre los demás papeles de la cancillería en espera de que llegase el momento oportuno de promulgarla, un momento que no llegaría nunca.

Poco después del amanecer de la mañana del 6 de septiembre, un numeroso grupo de hombres armados penetró por las puertas de Agnani. Iban mandados por «Sciarra» Colonna, que llegaba para degustar al fin su venganza, y bien fría. Él y Nogaret habían permanecido en Toscana todo el verano, poniendo a punto el complot planeado en París el mes de febrero. Habían recorrido Italia financiados por el rey, buscando enemigos de Bonifacio y tejiendo —hábil, rápida y secretamente— una red a su alrededor. Habían encontrado amplio apoyo en hombres ansiosos, como Colonna, de venganza; casi no hubo que recurrir al oro. Hasta en la propia Agnani encontraron traidores que les abrieron las puertas de la ciudad.

Bonifacio dormía en el gran palacio cuando le despertó el ruido y los gritos de hombres armados en las calles. La milicia de Agnani permaneció pasiva creyendo —o aparentando creer— las palabras de Nogaret, quien aseguró que habían venido sólo para invitar a Bonifacio a que asistiera al concilio. Pero el papa no estaba completamente indefenso. El palacio papal, diseñado precisamente para enfrentarse a una contingencia de este tipo, era muy sólido y estaba defendido por sus sobrinos. Pero los soldados que mandaban desertaron en seguida, los sobrinos se rindieron, y Bonifacio se quedó solo, pues los cardenales presentes en Agnani huyeron al oír los primeros gritos.

Al parecer, Bonifacio era completamente inmune al miedo. Cuando «Sciarra» y Nogaret entraron al fin en el palacio, le encontraron como había aparecido siempre en los momentos de graves crisis. Estaba sentado en el trono, coronado con la gran tiara, vestido con

sus espléndidas prendas pontificales, aguardando la muerte en silencio. Aquel espectáculo enloqueció a Colonna, que cruzó la cámara a grandes zancadas blandiendo una daga, y se la hubiera hundido en el cuerpo de no impedirlo Nogaret.

Bonifacio permaneció encarcelado tres días. Nogaret y Colonna parecían desorientados, como si no hubiesen esperado una victoria tan rápida. Hablaban de arrastrar a su prisionero encadenado hasta Lyon para que lo juzgaran allí, pero, mientras discutían, los ciudadanos de Anagni sintieron un tardío arrepentimiento y cayeron sobre los invasores. Nogaret y «Sciarra» consiguieron escapar, y Bonifacio fue liberado y devuelto a Roma.

Sin embargo, aquellos tres días de prisión habían corroído por completo su poder. Los enemigos de los Gaetani se levantaron en todas partes, ocupando las tierras que les habían robado. Los Gaetani respondieron reuniendo a sus aliados y defendiéndose con las armas en la mano. Las luchas intestinas reemplazaron a la calma forzada que había hecho posible la voluntad de hierro de aquel hombre. Pero esa voluntad estaba ahora tan rota como su poder. Permaneció atrincherado en el Palacio Laterano los pocos meses que le quedaban de vida, mirando con sospecha a todos los visitantes, planeando venganzas demenciales. «Había perdido la razón», escribió un contemporáneo. «Creía que todos los que se acercaban a él querían llevárselo prisionero.»^K Corrió el rumor de que roía la carne de sus propios brazos y que acabó matándose a fuerza de golpearse la cabeza contra un muro. Pero el rumor mentía. Murió en la mayor desesperación, pero por causas naturales, no por su propia mano. Y con él murió el último emperador romano auténtico.

«Sabe que eres el padre de príncipes y reyes —el señor del mundo.» Así rezaba la fórmula de la coronación de Bonifacio; él la cumplió al pie de la letra y la había llevado a su término lógico y —lógicamente— había sido destruido. Pero incluso aquellos que habían sufrido su arrogancia, quedaron espantados de su fin. Dante, que había odiado a Benedicto Gaetani con todo el odio que puede sentir un hombre hacia otro, compartió este sentimiento de ultraje de todos los italianos —y todos los europeos— ante el sacrilegio que se había cometido en la persona del papa Bonifacio VIII.

29. Ptolomeo, XXIV, cap. XXXVI.

*Veo entrar en Agnani la fleur-de-lys,
y Cristo y su propio Vicario hechos cautivos.
Le veo otra vez escarnecido.
Veo renovados el vinagre y la hiél,
y entre ladrones vivos veo quitarle la vida.³⁰*

La elegía que Dante dedicó a Bonifacio no anulaba sus fieras invectivas anteriores; ni Dante ni sus contemporáneos vieron contradicción alguna en esta actitud. El Vicario de Cristo y el monarca papal eran dos entes distintos. El hecho de que fuera imposible reducir uno a sus justos términos sin ofender al otro era la paradoja que se ocultaba en el corazón mismo del poder papal, paradoja de la que extrajo su fuerza temporal mientras la mayoría de los europeos reconoció su supremacía espiritual.

Benedicto XI, el efímero sucesor de Bonifacio, maldijo abiertamente el lugar que, por la apatía de sus ciudadanos, había contribuido a que el ultraje fuera posible. «Oh, miserable Agnani, que tú hayas permitido que se cometiera tal bajeza dentro de ti. Que ni el rocío ni la lluvia caigan sobre ti, pues, aunque tú pudiste defenderlo, el héroe cayó y fue vencido, el que estuvo investido de poder.»³¹

Aunque no lo sabía, Benedicto estaba pronunciando también la oración fúnebre del período heroico del Papado. Murió antes del año, y entonces fue elegido en Francia un francés, Clemente V, que se quedó en su país y transformó así la Iglesia universal en una capilla del rey francés. Felipe, queriendo destruir para siempre la espléndida y arrogante sombra de Bonifacio, organizó un proceso postumo para condenarle por hereje y establecer, por tanto, que nunca había sido papa. Pero Clemente, a pesar de ser un muñeco en manos del rey, le escamoteó esta última satisfacción. El proceso nunca llegó a un veredicto.

CUARTA PARTE

El papa errante

BARTOLOMEO PRIGNANO

Papa Urbano VI (1378-1389)

30. Dante, *Purgatorio*, XX, 87.

31. Citado en Gregorovius, *Rome*, V, 591.